

# Brigitte EN ACCIÓN

Lou Carrigan

# Aniquilación

Un agente de la CIA llamado Jebediah Orwells es asesinado en Hong Kong. Lo más destacable de este caso es que el asesino ha sido identificado. Baby es llamada a la Central para exponerle el caso, y ella se niega a creer las evidencias, pues el asesino (un agente de la MVD soviética) es un antiguo conocido suyo que sabe muy bien que el asesinato de un Simón siempre afecta muchísimo a Baby, y que ésta nunca perdona a quien asesina a uno de sus queridos Simones. Así pues, urge poner las cosas en claro, y la infalible espía toma cartas en el asunto, que aparentemente es simple y vulgar y que se convierte en el más increíble asunto de espionaje, en el más sorprendente y alucinante plan de Aniquilación.



Lou Carrigan

# Aniquilación

## Brigitte en acción - 368

**ePub r1.1**

**Titivillus** 27.11.2017

Lou Carrigan, 1984
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# Brigitte
## EN ACCION



# Muerte en Hong Kong

El hombre alto y rubio que conducía el pequeño Toyota de fabricación japonesa frenó cuando vio que se encendían las luces de freno del automóvil que le precedía.

Las luces del otro coche se apagaron, y el hombre alto y rubio apagó las del Toyota.

Del otro coche se apearon dos hombres, que se encaminaron hacia la entrada de una callejuela, estrecha y mal iluminada. Mientras tanto, el vehículo que los había llevado hasta allí reemprendió la marcha, alejándose lentamente.

El hombre alto y rubio desdeñó el coche que se alejaba. Su mirada estaba fija en los dos hombres que se habían apeado, y que enfilaban la callejuela. Detrás del Toyota se detuvo una motocicleta, pero el hombre alto y rubio no hizo caso alguno a este detalle. A decir verdad, ni siquiera reparó en ello, tan absorto estaba en la vigilancia de los dos hombres.

En cuanto éstos desaparecieron por fin de su vista, el hombre alto y rubio apagó el motor, salió rápidamente del coche, y se dispuso a continuar la persecución a pie. Ya no se veía el otro coche, de modo que nadie se daría cuenta de que seguía a los dos hombres.

Y éstos eran los que interesaban al hombre alto y rubio, no el coche que se había alejado con un chino al volante.

En el momento en que el hombre alto y rubio terminaba de cerrar la portezuela del Toyota, el motorista que había llegado tras éste desplazó la moto hacia la izquierda, apareciendo por detrás.

Su mano derecha se hundió bajo la ropa, y apareció con una pistola provista de silenciador.

El motorista llamó, quedamente:

—Americano.

El hombre alto y rubio del Toyota se volvió rápidamente.

El motorista disparó.

Se oyó el suave chasquido del disparo, brilló un diminuto fogonazo. El hombre alto y rubio gritó, giró, y cayó de rodillas, dando la espalda al motorista. Éste apuntó a la amplia espalda del americano alto y rubio, y disparó de nuevo, por dos veces.

Luego, salió disparado en la motocicleta.

# Capítulo primero

El helicóptero se posó sobre el césped, y antes de que las aspas terminaran de girar, la única pasajera saltó del aparato. Se volvió hacia éste haciendo un saludo de despedida, y se acercó al automóvil que esperaba treinta metros más allá.

Dentro del coche, dos hombres esperaban. Uno de ellos comentó:

—Ahí la tenemos.

—Recuerda que no debe estar para bromas.

—Claro, hombre. Han asesinado a uno de los nuestros en Hong Kong, y cuando muere un Simón ella no está para bromas. Eso lo saben ya hasta los chinos.

—¡Malditos chinos!

El otro encogió los hombros. Todavía tuvieron tiempo de contemplar en silencio a la mujer que se acercaba, caminando felinamente sobre el césped. Alta, esbelta, de larga cabellera que parecía tan negra como la misma noche que los rodeaba. Unos doscientos metros más allá se veía el edificio de la CIA en sus instalaciones de Langley, como una masa clara llena de agujeros rutilantes.

La mujer llegó al coche, y pasó a sentarse en el asiento trasero, sin preámbulo alguno. Los dos hombres se volvieron a mirarla. Por las ventanillas de la derecha penetraba en el coche el resplandor del edificio de la CIA. Lo suficiente para que pusiera de relieve la belleza de la recién llegada.

Imposible definir el color de sus ojos, pero los dos hombres sabían que eran azules. Grandes, hermosos, radiantemente azules. La mujer era tan hermosa que causaba auténtica impresión.

—Sea bien venida, Baby —murmuró uno de ellos.

—Todos sentimos lo ocurrido, naturalmente —dijo el otro.

—Lo sé. Y gracias por la bienvenida. Vamos allá.

—Ahora mismo.

El coche se puso en marcha. En el asiento de atrás, la señorita Brigitte Montfort, periodista famosa en el mundo entero, miraba sombríamente hacia el edificio. Dentro de éste, en los archivos supersecretos, la señorita Montfort tenía una denominación especial: agente N. Y. 7117, más conocida por «Baby».

La carta del triunfo que siempre se reservaba la CIA en sus jugadas internacionales de alto nivel.

Aunque en ocasiones no era necesario que la misión fuese de vital importancia. Generalmente, la señorita Montfort no se molestaba en intervenir en trabajos de poca monta, pero, cuando uno de los agentes de la CIA era asesinado, cuando un Simón moría asesinado, ella intervenía en el acto. Y siempre, siempre, el asesino del agente de la CIA pagaba su asesinato.

Siempre.

El automóvil se detuvo ante una de las puertas traseras del edificio. El agente que viajaba junto al conductor se volvió en su asiento.

—Sé que no le gusta a usted que le abran las puertas… Gracias por venir.

Brigitte Montfort asintió, salió del coche y entró en el edificio. Dos minutos más tarde, sin que nadie la hubiera interpelado en parte alguna, se detenía ante la puerta de un despacho, a la que llamó. Acto seguido empujó la puerta y entró.

En el fondo del amplio despacho, junto al ventanal, el hombre sentado tras la mesa se puso en pie rápidamente, y se acercó a Brigitte, cojeando ligeramente. Brigitte cerró la puerta y acudió hacia él.

Cuando estuvieron uno frente a otro, *Mr*. Cavanagh, el jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, y gran amigo personal de la agente Baby, puso las manos sobre los hombros de ésta, y movió la cabeza.

—Lo siento —murmuró—: otro más, Brigitte.

Ella le besó en ambas mejillas, y dijo:

—Sí, otro más. Tío Charlie me ha dicho que esta vez ha sido en Hong Kong.

—Sí. Bueno, sentémonos. Tengo para usted algo verdaderamente interesante… Quiero decir que sabemos ya quién es el asesino.

Brigitte miró un instante sorprendida a Cavanagh. Luego se sentó, tomó un cigarrillo de la cajita que había sobre la mesa, y lo encendió. Cavanagh se sentó en su sillón, y empujó unas fotografías hacia ella.

—Nuestro hombre: Jebediah Orwells. Causa de la muerte: un balazo en el pecho y dos en la espalda. Los tres mortales; desde luego el asesino sabe disparar.

Brigitte tomó las fotografías, y durante unos segundos estuvo contemplando las facciones viriles del hombre rubio. Asintió, las dejó sobre la mesa, y miró a su jefe y amigo.

—¿Quién lo mató?

—Un ruso llamado Fedor Kevichian.

Los ojos de Brigitte quedaron inmóviles, inexpresivamente fijos en Cavanagh. Durante unos segundos pareció que la espía internacional no hubiera oído a su jefe. Éste entornó los párpados. Conocía a Brigitte como si fuese su propia hija. Quizá mejor que a una hija.

En vista del silencio de Brigitte, Cavanagh preguntó:

—¿Ocurre algo?

—Ha dicho usted Fedor Kevichian, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cómo sabemos que fue él?

—Ha sido identificado en nuestros archivos. Y si quiere que le sea sincero, nos ha sorprendido: Kevichian está actuando hace tiempo a mayores alturas, y no habríamos pensado en él como asesino activo de no ser por las fotografías.

—¿Qué fotografías?

Cavanagh tendió un sobre a Brigitte, que lo tomó y sacó algunas fotografías y unos clichés. Examinó éstos al trasluz, detenidamente.

—No parecen trucados.

—No lo están. Esos clichés, y por tanto las fotografías que hemos revelado de ellos, son genuinos. No hay truco alguno.

—Bien.

Brigitte miró entonces las fotografías. Eran muy buenas, pese a haber sido tomadas de noche y en un lugar escasamente iluminado. Bueno, a Brigitte no la sorprendían en absoluto estas cosas. La técnica fotográfica hacía ya tiempo que se había convertido poco menos que en pura magia.

En las fotografías se veía el Toyota, de lado. Simón, es decir, Jebediah Orwells, el hombre alto y rubio, estaba sentado al volante. Por el momento no se le veía muy bien. Detrás del Toyota había una motocicleta, con un hombre a los mandos.

En la siguiente fotografía, Jebediah Orwells salía del Toyota. La siguiente, mostraba al motociclista saliendo por el lado izquierdo del coche, siempre montado. En la siguiente, ya se le veía disparando, y a Orwells vuelto hacia él recibiendo el balazo en el pecho. Luego se le veía de rodillas y de espaldas al motociclista, que disparaba de nuevo, claramente ahora contra su espalda. Otra fotografía tomaba solamente al motorista. Luego, se veía a éste alejándose sobre su máquina. Y la última: Jebediah Orwells, alto y rubio, tendido en el suelo junto al Toyota.

Brigitte miró de nuevo, lentamente, las fotografías. Las dejó sobre la mesa, se quedó mirando su cigarrillo, y musitó:

—¿Quién tomó las fotografías?

—No lo sabemos.

—Bien, de acuerdo. Entonces, ¿quién las envió?

—No lo sabemos.

La azul y serena mirada de Baby se posó en los ojos de Cavanagh.

—¿Quiere decir que han enviado estas fotografías a la Central, sin ninguna explicación?

—Exactamente eso ha ocurrido.

—¿Qué dicen nuestros hombres de Hong Kong?

—No tienen ni idea de lo que ha podido ocurrir. Aunque naturalmente están investigando el asunto, en todas las facetas posibles.

—¿Qué hacía Orwells, a qué se estaba dedicando en el momento en que lo mataron?

—A nada especial. Bueno, ya sabe lo que pasa en Hong Kong, hay más espías que habitantes, por decirlo así. A veces aquello es como una jaula de locos.

—Sí, lo sé. ¿Quizás Orwells era un agente de primera categoría, tenía contactos de alto nivel, relaciones cruzadas…?

—Era un buen agente, pero nada especial. No era del tipo al que se le encomiendan misiones especiales, desde luego. Actividades de información y vigilancia general. Nada importante.

—No me gustan las fotografías cuya procedencia ignoro.

—A mí tampoco —admitió Cavanagh—, pero seamos realistas. Estuviese ocurriendo lo que estuviese ocurriendo, esas fotografías son genuinas. Hemos hecho ampliaciones del rostro del motorista, y luego ha sido identificado: Fedor Kevichian, sin duda alguna.

—Si ya saben quién ha sido… ¿por qué recurren a mí? Lo más práctico, en estos casos, es simplemente matar al asesino, ¿no?

—Fedor Kevichian desapareció de Hong Kong. Al menos, no lo han encontrado todavía… En cuanto tuvieron las fotos que les enviamos empezaron a buscarle. No le conocían allí, nunca Kevichian había actuado en Hong Kong hasta ahora, al menos que se sepa. Bien, lo están buscando, y tal vez lo encuentren. O tal vez no. Por eso opté por llamarla a usted, para que lo encuentre. Claro que si prefiere que sean nuestros muchachos de Hong Kong quienes se encarguen de darle su merecido a Kevichian cuando lo encuentren…

—Quiero que dejen de buscarlo —murmuró Brigitte.

Cavanagh no se inmutó en absoluto.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar—. ¿Prefiere hacerlo usted sola por sus propios medios?

—Envíe un mensaje urgente a Hong Kong, diciendo que la búsqueda de Kevichian debe ser abandonada inmediatamente, y su nombre olvidado.

—Muy bien. ¿Preparo su viaje para Hong Kong, entonces?

—Antes enviaremos un recado a Moscú. ¿Cuánto tardaría nuestro más rápido correo en poner en manos de los rusos un sobre?

—Podemos conseguirlo en veinticuatro horas.

—¿Tiene un sobre y una cuartilla, por favor?

Cavanagh tendió ambas cosas a Brigitte. Ésta metió dentro del sobre todas las fotografías del asesinato de Orwells, tras limpiar cuidadosamente el anverso y el reverso, borrando las huellas dactilares. Luego, en la cuartilla, escribió una nota que difícilmente podía ser más breve:

*¿POR QUÉ?*

Cerró el sobre tras meter dentro la cuartilla, y en el anverso

escribió: Fedor Kevichian, Moscú, MVD. En el reverso, con mayúsculas trazadas con la mano izquierda, escribió: Baby.

Señaló el sobre encima de la mesa.

—Meteremos este sobre dentro de otro dirigido simplemente a la MVD, y esperaremos la respuesta.

—Puede tardar días…, incluso semanas. O no llegar nunca.

Brigitte movió la cabeza, y dijo:

—Fedor Kevichian me enviará una respuesta.

* * *

La respuesta llegó ochenta horas más tarde, a primeras horas de la mañana. Por medio de la radio de bolsillo, *Mr*. Cavanagh avisó a Brigitte, que se hallaba alojada en un pequeño y tranquilo hotel cerca de Langley. A la media hora de recibida la llamada, la señorita Montfort entraba en el despacho de Cavanagh.

Éste señaló el sobre que tenía ante él.

—La he llamado en cuanto me lo han entregado. Venía en un sobre dirigido a la CIA, y dentro estaba este otro dirigido a usted.

Brigitte se sentó, tomó el sobre, y lo miró. En el anverso ponía: Baby. En el reverso: Fedor Kevichian.

Dentro del sobre había una simple cuartilla, en la cual estaba escrito el mensaje, también breve y escueto.

Decía:

*STAZIONE TERMINI ROMA 1007812135*

Brigitte tendió la cuartilla a Cavanagh, que leyó el mensaje, frunció el ceño…, y tardó cinco segundos en descifrarlo.

—Si no entiendo mal, Kevichian la cita a usted en Roma, en la Estación Término, el día diez de julio de este año a las nueve y treinta y cinco minutos de la noche. ¿Correcto?

—Sí.

—Tiene tiempo de sobra para llegar a esa cita. Pero es jugarse la vida.

Brigitte Montfort, alias Baby, se puso en pie.

—Salgo para Europa en el primer avión —dijo simplemente.

# Capítulo II

La romana Stazione Termini estaba, como siempre, en plena actividad. El tránsito de pasajeros no cesaba, cientos de personas iban de un lado a otro, muchos de ellos cargados con maletas y toda clase de bultos. Gente que llevaba gallinas y gente con portafolios y aspecto de alto ejecutivo. Mujeres gordas y mujeres que podían ser muy bien actrices de cine…

La muchacha rubia podía ser de las últimas. Alta, esbelta, de cuerpo espléndido, bien maquillada, ojos verdes… No llevaba equipaje alguno, tan sólo un pequeño maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Eran las nueve y treinta y cuatro minutos exactamente cuando la rubia, bella y solitaria muchacha aparecía en el enorme vestíbulo procedente del exterior. El murmullo de voces humanas parecía el de una colmena de abejas.

La muchacha rubia se acercó a un puesto de periódicos, y estuvo mirándolos, como distraída. Un empleado de la estación se colocó junto a ella, tras dejar cerca una pequeña furgoneta a motor de las destinadas a llevar equipajes de un lado a otro.

Ella le miró.

—¿Señorita americana? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Un hombre me ha entregado este sobre para usted… No tiene que darme propina, él ya me la ha dado, y muy buena.

—Gracias.

El hombre se alejó, dejando el sobre en la mano derecha de la rubia. Ésta dejó el maletín junto a sus pies, rasgó el sobre, y extrajo el billete que contenía, y que la facultaba para hacer el trayecto Roma-Napoli, en un compartimiento del coche cama de un tren que salía hacia Nápoles a las veintiuna cuarenta y cinco. Es decir, a las diez menos cuarto de la noche, dentro de diez minutos.

Tres minutos antes de la salida de este tren, la muchacha rubia lo había localizado, y se hacía conducir por el empleado del vagón a su compartimiento, un confortable saloncito con dos literas.

A la hora en punto, el tren partió hacia Nápoles. En su compartimiento, la rubia encendió un cigarrillo, y se dedicó a mirar por la ventanilla. Todavía no lo había terminado cuando sonó la llamada a la puerta del compartimiento. Ella la miró, parpadeó lentamente, se puso en pie y fue a abrir.

Lo primero que vio fueron sus ojos de un tono verde-gris. Grandes, rasgados, inteligentes. Fedor Kevichian, alto, atlético, debía de tener entonces cuarenta y dos o cuarenta y cuatro años, pero, salvo algunas canas en las sienes, era el mismo hombre juvenil, atractivo y lleno de vitalidad. Uno de los mejores espías rusos que había conocido Baby durante su larga trayectoria en el espionaje. Nunca se habían vuelto a ver desde la aventura del *Queen Elizabeth II*, pero era como si todo hubiera sucedido ayer…[1]

—Sentí hacerlo —dijo Kevichian, en ruso—, pero tuve que hacerlo.

La rubia se apartó, y el ruso entró en el compartimiento. Ella cerró la puerta, sin dejar de mirarlo. Volvió a sentarse, y Kevichian lo hizo a su lado. La miraba seriamente, pero, de pronto, sonrió.

—Bajo su disfraz, veo la misma juventud y energía de entonces. Y adivino la misma belleza. Nunca he podido olvidarla.

—Nos separamos como buenos amigos, Fedor.

—Es verdad.

—Y ahora, usted ha asesinado a uno de mis Simones. Sabe muy bien lo que eso significa para mí.

—Sí. Supongo que ha decidido matarme. Muy bien, hágalo.

—La sola idea de que este compartimiento sea una trampa montada por usted contra mí me revuelve el estómago —musitó Baby—. Por favor, dígame que no existe tal trampa.

—No existe tal trampa. El ruso y la americana a solas rumbo a Nápoles. Espero que el viaje no le cause contratiempos.

—¿Por qué lo mató, Fedor?

Kevichian recuperó su expresión hermética. Sin decir palabra sacó un sobre de un bolsillo interior, y lo entregó a Brigitte. Ésta sacó del sobre las fotografías de dos hombres, que miró con momentáneo desconcierto. No los conocía.

Miró a Kevichian.

Éste murmuró, señalando las fotografías:

—Ellos son Igor Borov y Sergei Nimenko, compañeros míos de servicio. Es decir, lo fueron: el agente americano llamado Jebediah Orwells los mató a ambos en Hong Kong, por la espalda, hace ahora exactamente nueve días.

—Lo siento —bajó Brigitte la mirada, palideciendo.

—Como ve, todavía están ustedes en deuda con nosotros. Orwells mató a dos, y yo sólo he matado a uno.

—Podría nivelar el asunto matándome a mí.

—No diga tonterías. En primer lugar, jamás me ha pasado por la imaginación hacer nada contra usted en ningún sentido. En segundo lugar, usted no vale por un agente cualquiera, sino por mil… Las cuentas quedarían demasiado desniveladas.

—¿Entiendo, entonces, que está planeando matar a otro Simón?

—Claro que no. El culpable pagó. Todo terminó. Naturalmente, ni se me ocurre la posibilidad de que usted dude de mi palabra. Es decir —sonrió—, sí se me ha ocurrido, ya ve, pero supongo que no duda usted. ¿O sí?

—No. Pero me gustaría saber por qué Orwells mató a sus camaradas Nimenko y Borov.

—No estoy seguro. Pero se me ocurre que pudo ser por lo del comandante Fukuo Tokoda.

—¿Tokoda? ¿Un japonés?

—Sí. Tokoda es el ayudante del general Eiko Nomura. ¿Ha oído hablar de éste, de Nomura?

—No. ¿Debería haber oído hablar de él, es famoso por algo determinado?

—No, no.

—Entonces, no veo por qué tendría que haber oído hablar de él, por muy general que sea. Hay en el mundo demasiados generales. Y ni siquiera conozco los nombres de todos los de mi país. Pero, en fin, ¿qué es lo que ocurre con ese Fukuo Tokoda, o con el general Nomura?

—Cuando yo maté a Orwells, éste se hallaba tras los pasos de Fukuo Tokoda.

—Lo que significa que Tokoda estaba en Hong Kong.

—Sí. Con un chino. El nombre del chino es Kio Feng. Esa misma

tarde, Kio Feng había ido al aeropuerto de Hong Kong a esperar al comandante Tokoda. Una semana antes, Kio Feng había estado en Tokio, donde fue recibido por el comandante Tokoda.

—Los japoneses son muy corteses —se permitió una sonrisa Baby—: puesto que Kio Feng le visitó primero en Tokio, el comandante Tokoda le devolvió la visita en Hong Kong. Muy adecuado… ¿A qué se dedica el chino Kio Feng?

Fedor Kevichian también sonrió. Naturalmente, esperaba esta pregunta. Su respuesta fue:

—Kio Feng suele hacer trabajos para el servicio secreto de Pekín.

—Vaya… ¡Ya tenemos en el juego al Lien Lo Pou! Bueno, ¿qué quiere decir eso de que Feng suele hacer trabajos para el servicio secreto de China?

—Digamos que no es un agente fijo del Lien Lo Pou. Kio Feng es un hombre de gran… movilidad. Tiene muchos contactos, no sólo con el Lien Lo Pou.

—Ya. ¿Tal vez los tiene también con la MVD?

—No —rió Kevichian—. Si fuese así, sabríamos todo lo que se refiere a las actividades del comandante Tokoda, pues Feng nos lo habría dicho. Como no sabemos qué está tramando ahora Feng, ni si lo está haciendo o no por cuenta del Lien Lo Pou o de otro servicio, o de alguna organización privada de espionaje de Hong Kong, pues… nos estamos ocupando de él. Consecuentemente, supimos de su primar contacto con el comandante Tokoda. Y considerando que el comandante Tokoda es el ayudante del general Eiko Nomura, sentimos mucho interés por este asunto… Debo decirle, puesto que estamos hablando repetidamente del general Nomura, que éste no goza de muchas simpatías en Japón. Es muy poderoso, pero no resulta simpático a los japoneses.

—¿Por qué motivo?

—Nomura tiene fama de belicista. Se dice que no hay nada que le guste más que la guerra.

La espía americana y el espía ruso se quedaron mirándose fijamente.

—De modo que al general Nomura le gusta la guerra… —susurró Brigitte—. Bien, en ese caso, voy a decirle algo: a mí no me gusta el general Nomura.

—Estaba seguro de eso.

—Vamos a ver… Tenemos que el general Nomura es belicista, y que su ayudante, el comandante Tokoda, está en relaciones con un chino de Hong Kong llamado Kio Feng, quien, a su vez, suele hacer trabajos para el Lien Lo Pou. ¿Podemos suponer que Kio Feng y el comandante Tokoda están haciendo de intermediarios entre Pekín y el general Nomura?

—Podemos suponer eso con muchas probabilidades de acertar —asintió Kevichian—. Y francamente, el hecho de que un general japonés belicista esté buscando relaciones con Pekín no ha gustado lo más mínimo en Moscú.

—Lo comprendo. Y así, tenemos que la MVD destacó a sus camaradas Nimenko y Borov para que vigilasen a Kio Feng. Luego, Orwells mató a Borov y Nimenko, y se dedicó él a vigilar a Kio Feng. Con lo cual, es posible que Orwells llegase a saber que Feng estaba relacionándose con Tokoda.

—Llegó a saberlo con toda seguridad, porque los siguió hasta una calle de Hong Kong, que aparece al fondo de dos de las fotografías que usted me envió.

—Y fue entonces cuando usted lo mató.

—Sí. Sabía que no tendría una oportunidad mejor, así que la aproveché.

—Y acto seguido escapó en la motocicleta. ¿No habría, sido mejor dejar que Orwells continuara siguiendo a Feng y Tokoda, y seguir usted a Orwells y consecuentemente a los otros dos?

—Ya tengo unos compañeros encargados de eso, que sustituyeron a Nimenko y Borov. Yo quería matar a Orwells, y eso hice. Lo demás está en buenas manos.

—Es decir, que en Hong Kong hay compañeros de usted que siguen vigilando a Kio Feng. Y, naturalmente, en Tokio habrá más hombres de la MVD vigilando al comandante Tokoda y al general Nomura.

—Estamos haciendo lo que podemos —asintió Kevichian, con una leve sonrisa.

—¿Y qué han sacado en claro hasta ahora?

—Nada concreto. Mire, me gustaría saber cómo consiguió usted las fotografías en las que aparezco matando a Orwells. ¿Puede decírmelo?

—Creí que eso lo sabía usted perfectamente —lo miró con

amable ironía Baby.

—¿Yo? —se sorprendió el ruso—. ¡No comprendo!

—Se me ocurrió que esas fotos las habían tomado compañeros de usted, con el fin de enviarlas luego a la CIA sabiendo que yo sería movilizada. Es más, pensé que usted quería entrar en contacto conmigo, y que utilizó un sistema infalible: matar a uno de mis Simones. Sin preocuparle mi actitud de venganza, ya que la muerte de Orwells estaba… justificada, al menos conforme a mis propias normas de ojo por ojo y diente por diente. ¿Fue eso, Fedor? ¿Hizo usted todo eso para provocar esta entrevista… y conseguir que yo le ayude en el asunto del general Nomura?

—Es usted maquiavélica —susurró Kevichian—… No, no fuimos nosotros quienes tomamos esas fotografías. Le aseguro que no me hacía ninguna gracia pensar que usted me buscaría si llegaba a enterarse de que yo había matado a Orwells. Por lo tanto, no iba a ser tan loco de decirle yo mismo que lo había hecho.

—Usted sabía perfectamente que yo no le mataría sin más explicaciones aun en el caso de que llegara a saber que había sido usted el asesino de Orwells. Hace ocho años hicimos juntos algo bueno, quedamos como amigos…, y usted sabe que un amigo de Baby tiene unas grandes prerrogativas. ¿De verdad no está usando… y hasta abusando de ellas, Fedor?

—Me gustaría mucho que usted nos echase una mano —dijo Kevichian, sonriendo—, pero nosotros no tomamos esas fotografías.

—De modo que admite que les gustaría que yo les echase una mano a ustedes, a la MVD. ¿Por qué? ¿Qué tiene de particular el general Nomura, aparte de ser belicista? ¡No me diga que la MVD no dispone de recursos para controlar a un hombre en Japón!

—No a un hombre como el general Nomura.

—¿Y supone usted que yo sí podré controlarlo?

—Con más discreción que nosotros, sí.

—Pero bueno, vamos a ver… ¿por qué les preocupa tanto un hombre como el general Nomura? Por muy belicista que sea, y por mucho que se convirtiese en traidor aceptando relaciones con el Lien Lo Pou, no me parece que eso sea suficiente para movilizar a lo mejor de la MVD y de la CIA. A fin de cuentas, haga lo que haga, el general Eiko Nomura es un solo hombre, que está solo en sus ideas belicistas… ¿No es así?

Fedor Kevichian sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente. Brigitte le miraba con expresión amable, pero un tanto sarcástica. El tren había salido ya de Roma, afuera se veía la negrura de la noche.

—Sabía que usted llegaría a esta conclusión —murmuró por fin Kevichian—, pero no estoy autorizado para darle más datos.

—De manera que la MVD pretende que Baby les ayude, pero sin facilitarle todos los datos de que disponen. ¿Pretende tomarme el pelo, Fedor?

—¡No estoy autorizado para decírselo todo!

—Voy a apearme en la primera estación —dijo fríamente la hermosa rubia—, ya que no quiere o no puede decirme nada más. Por supuesto, informe en Moscú de mi negativa a echarles una mano. Aunque todo podría arreglarse.

—¿De qué modo? —se animó Kevichian.

—Puedo echarles una mano bajo una de estas dos condiciones: a), me facilita usted toda la información de que disponen; b), no me facilitan más información y de todos modos yo salgo hacia Japón mañana mismo…, con veinticinco millones de rublos depositados en cierta cuenta de Suiza a uno de mis nombres clave.

—¡Veinticinco millones de rublos! —exclamó Kevichian.

—¿Le parece mucho?

—¡Es una barbaridad!

—Según cómo se mire. ¿Me permite recordarle que soy la agente Baby? Todo un lujo, querido Fedor. Y los lujos se pagan. En cambio, puedo trabajar gratis cuando se me demuestra un mínimo de consideración personal, y por supuesto, profesional. Evidentemente, en Moscú no me tienen consideraciones profesionales, y usted, en lo personal, tampoco me las tiene. Adiós, Fedor.

—¿No va usted a hacer nada en este asunto?

—No tengo por qué darle explicaciones. Adiós.

—¿Ya no somos amigos?

—No. Ya no. Mis amigos no me tratan como usted lo está haciendo, por muchas órdenes que hayan recibido. Y ello, Fedor, porque mis amigos confían en mí, pase lo que pase. Usted no confía. Por lo tanto, ya no es mi amigo.

Fedor Kevichian estaba pálido, fija la mirada en el suelo.

—No creía que fuese usted tan fiel y sensible —murmuró—. Y no me gusta perder su amistad…, que no había valorado

debidamente. Lo siento. He sido un estúpido, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Está bien. No me importa lo que luego me digan en Moscú: voy a decirle a usted lo suficiente para que empiece a trabajar. Y no sólo eso, sino que en Tokio procuraré pasarle más información. ¿Le parece bien así?

—Me parece mucho mejor —sonrió Brigitte—. Le escucho.

—El general Nomura no parece estar solo en sus ideas belicistas. Según nuestras últimas informaciones está haciendo frecuentes viajes a la ciudad de Kyoto, donde, en cierto *ryokan* suele reunirse con otros japoneses de alto nivel en la política y en la milicia.

—¿Quiere decir que se reúnen secretamente?

—Es evidente. Todos llegan por separado, se encierran en esa casa, en ese chalé, y… Bueno, no sabemos lo que hacen, pero como mínimo, hablan.

—Y ustedes quieren saber de qué hablan, sobre todo, considerando que el general Nomura, por mediación de su ayudante, el comandante Tokoda, parece tener relaciones con el servicio secreto chino.

—Daría cualquier cosa por saber lo que se habla en ese *ryokan*.

—Pues, francamente, yo también —sonrió Brigitte—. Hay algo verdaderamente desconcertante en esto… Últimamente, China y Japón se han hecho muy buenas amigas, hay muchos contactos entre ellos, se hacen visitas de cortesía, tienen montado un gran aparato de futuros y hasta presentes intercambios comerciales que piensan extender a muchas otras cosas… ¿Por qué esas reuniones aparentemente secretas?

—No lo sé, pero convendrá usted conmigo en que no auguran nada bueno. Ya estamos bastante preocupados con lo otro para que encima tengamos que preocuparnos por esto.

—¿Lo otro? ¿Qué es lo otro?

—Usted debe de saber, sin duda, que hace tiempo que China viene insistiendo en que Japón debe rearmarse de un modo… moderno y actualizado, ¿no?

—Eso lo sabe todo el mundo: apareció en los periódicos hace un año y pico.

—Cierto. Según usted… ¿qué significaría un rearme… moderno y actualizado?

—¿Armamento nuclear?

—Dígame qué otra cosa, si no. Y China dispone de armamento nuclear. Ahora, imagínese que, ya sea oficialmente o extraoficialmente utilizando al general Nomura, Japón está dispuesta a conseguir ese armamento nuclear. ¿Qué le parece la perspectiva?

—Malísima… para Rusia —dijo suavemente Brigitte.

Quedaron silenciosos los dos durante un par de minutos, cada uno sumido en sus pensamientos.

Por fin, Baby dijo:

—Un punto que sigue interesándome mucho es saber quién envió a la Central de la CIA las fotografías de usted matando a Orwells. Y también me pregunto por qué las enviaron directamente a Estados Unidos en lugar de entregarlas a cualquiera de los agentes o auxiliares de la CIA en Hong Kong.

—Quizá pensaron que todo sería más rápido enviándolas a Langley.

—Quizá. Pero… ¿qué es lo que sería más rápido? ¿Qué es lo que esperan que haga la CIA con las fotos? ¿Qué es lo que han pretendido provocar con ese envío?

—Podría ser eliminarme a mí —dijo Fedor.

—Claro que no —rechazó Baby—. Eso podrían haberlo hecho entonces, allí mismo: en lugar de tomarle unas fotografías podrían haberlo acribillado a balazos. Porque es indudable que si esas fotografías fueron tomadas es que había alguien allí, ¿no?

—Claro —parpadeó Kevichian.

—¿Y qué hacía allí una persona con una cámara fotográfica? ¿Podemos presumir que estaba esperándole a usted para fotografiarle matando a Orwells?

—¡Imposible!

—¿Sabían entonces, quizá, que Orwells aparecería siguiendo a Kio Feng y al comandante Tokoda?

—No me parece factible.

—Pero estaban esperando, cámara especial en mano, para tomar fotografías de algo, ¿no? Alguien estaba apostado en algún sitio adecuado, discreto, para fotografiar algo. Si no querían fotografiarle a usted, ni a Orwells… ¿qué es lo que querían fotografiar?

—Bueno… Realmente, lo único que podían fotografiar era a Kio

Feng y a Tokoda, claro.

—Parece evidente. Pero ¿quién tomó las fotos? Usted dice que no fueron los rusos. Nosotros tampoco fuimos. Me permito dudar de que fuesen los chinos del Lien Lo Pou si Feng está trabajando para ellos. ¿Pudieron ser los japoneses?

—No creo. Los japoneses no habrían enviado a la CIA esas fotografías. Suponiendo que hubieran recurrido a la CIA lo habrían hecho abiertamente. Además, si los japoneses supieran algo de las actividades del comandante Tokoda o del general Nomura, ya habrían hecho algo… No, no fueron los japoneses.

—Entonces ¿quién?

—De verdad, no tengo ni idea.

—Bueno, es posible que lleguemos a saberlo. Mientras tanto, no se le ocurra a usted aparecer por Hong Kong, Fedor.

—No estoy loco. ¡Me llevé un buen susto cuando vi esas fotografías en el Directorio! Pero sí puedo ir a Japón…

—No se lo recomiendo. En realidad, y por el momento, está usted fuera de juego. A la Central nos enviaron los clichés de esas fotografías, pero naturalmente, antes pudieron obtener de ellas todas cuantas copias quisieron, lo que significa que pueden perfectamente estar circulando también por Japón, no sólo en Hong Kong. Y en Pekín. En fin…

—Me han liquidado —susurró Kevichian—… ¡Han terminado conmigo como agente móvil!

—Quizás eso le beneficie. Es menos… emocionante, pero más seguro. Tengo entendido que está usted últimamente realizando trabajos de cierto nivel.

—Sí… Sí.

—Siga por ese camino. Vivirá más años.

—No sé. Bueno, de todos modos tengo que ir a Tokio para apoyarla a usted…

—¿A Tokio? ¿Para qué voy a ir a Tokio? Si el general Nomura va con frecuencia a Kyoto puedo trabajar en esta ciudad…, que tengo entendido es absolutamente encantadora. ¿Conoce usted Kyoto?

—Muy poco. Pero la conoceré mejor cuando nos veamos allí.

—No tiene por qué arriesgarse. Bien, creo que sólo falta que me diga usted dónde de Kyoto está ese *ryokan* en el que el general

Nomura se reúne con otros personajes…, y los nombres de esos personajes, si los sabe.

—Conozco algunos…, pero preferiría estar cerca de usted.

—Usted está fotografiado, Fedor. Si el asunto es la mitad de importante de lo que nos parece, le matarán en cuanto le vean cerca del general Nomura.

—Esa clase de riesgos forman parte de nuestro trabajo.

—Su vida es suya —murmuró Brigitte—. Bien, ¿tiene nombres y quizás alguna fotografía de esas personas que van a Kyoto a verse con el general Nomura?

—Tengo fotografías de Nomura —sonrió Kevichian—, y algunos nombres. Las fotografías de esas otras personas las tendré en cuanto llegue a Tokio. Por eso quiero ir, para facilitárselas a usted. De momento, vea a Eiko Nomura. Y al comandante Tokoda, claro.

Le tendió un par de fotografías y una cuartilla. En la cuartilla había escritos los siguientes nombres: Minoru Sato, diplomático; Masao Keiji, empleado en el Palacio Imperial; Takashi Yamashita, almirante de la Marina Japonesa.

Una de las fotografías correspondía a un hombre de unos treinta años, de rostro muy atractivo, frente despejada, facciones nobles y hermosas; era el comandante Fukuo Tokoda. El general Eiko Nomura impresionó más a Baby; parecía tener unos cincuenta años, sus facciones eran enérgicas, viriles, parecían como de piedra; sus cabellos negrísimos tenían unas pinceladas como de nieve en las sienes. Sus ojos eran grandes, de mirada directa y altiva. Había en Eiko Nomura como una consciencia de superioridad, de seguridad en sí mismo que en modo alguno parecía que tratase de ocultar.

—Un hombre interesante —murmuró Baby.

—Pero le gusta la guerra.

—Sí… Es una lástima. Bueno, Fedor, parece que vamos a llegar a Nápoles los dos. Y creo que el viaje es lo suficientemente largo como para que podamos ponernos de acuerdo en una serie de cosas que nos sirvan para pararle los pies… y si es necesario la cabeza al general Eiko Nomura.

# Capítulo III

Vestido de paisano, el general Eiko Nomura tomó el tren en la estación Yurakucho de Tokio. En algo menos de tres horas, el superexpreso de la J. N. R. (Japan National Railroad) le llevaría a Kyoto, vía la Nueva Línea de Tokaido, por un paisaje que se iría embelleciendo a medida que se alejase de la capital nipona.

Pero el general Nomura no parecía una de esas personas que disfrutan con el paisaje. O tal vez sí, aunque no lo pareciera. Si algún japonés inexpresivo y hermético viajaba en aquel tren, ése era sin duda Eiko Nomura.

Ni siquiera cuando apareció la bella muchacha rubia de ojos verdes se alteró la expresión del general. Algunos otros pasajeros sí miraron entre atónitos y maravillados a la muchacha de raza blanca, pero Nomura permaneció impasible. Incluso cuando ella, mirando el billete que tenía en una mano, fue a sentarse justamente delante de Nomura, éste pareció no reparar en ella.

Sólo la miró cuando la extranjera, mirándole con sonriente expresión, saludó, en inglés:

—Buenos días… Creo que éste es mi asiento. ¿Será tan amable de verificarlo? La verdad es que voy un poco desorientada —y como Nomura la estuviese mirando en el colmo de la inexpresividad, vaciló y preguntó—… ¿Habla usted inglés?

Nomura asintió con un gesto, tomó el billete que le tendía la muchacha, volvió a asentir, y se lo devolvió. Ella se sentó, colocando sobre su regazo un gracioso maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—¿Usted también va a Kyoto? —preguntó.

Nomura la miró, hizo un gesto ambiguo, y miro hacia el andén. La muchacha parpadeó, guardó su billete en al maletín, y miró también hacia el andén. Cuando el tren salió, nadie más se había sentado en aquel grupo de cuatro asientos, enfrentados dos a dos…

Muy lógico, considerando que «alguien» los había comprado todos, excepto el que ocupaba Nomura.

Tokio era enorme. Enorme. Pero finalmente, quedó atrás. Ni la muchacha ni Nomura habían vuelto a decir una sola palabra. De cuando en cuando, ella le miraba, como queriendo ocultar una cierta fascinación, pero desviaba rápidamente la mirada. Eiko Nomura se dio cuenta de ello, y apretó una sonrisa. Sí, tenía cincuenta y dos años, pero sabía que era un hombre interesante. Para una mujer como aquella él debía de resultar no sólo atractivo, sino exótico. Tal vez, incluso, era la primera vez que la muchacha viajaba por Japón. Sí, seguramente era así.

Ella había sacado de su gracioso maletín una guía para visitar Japón, con unas cuantas frases hechas para intentar hacerse entender en japonés. A Nomura le pareció un intento patético. Pero la muchacha, era muy hermosa, y parecía inteligente. Con seguridad, sacaría partido de aquel montón de frases hechas, de expresiones mecanizadas destinadas a una comunicación mínima: quiero esto, quiero lo otro, por dónde se va a tal sitio, resérveme una habitación en un hotel, tráigame tal plato, hoy hace buen tiempo pero ayer llovió…

—No debe preocuparse demasiado —dijo de pronto Nomura, señalando el librito de la muchacha—: en Kyoto encontrará mucha gente que habla inglés.

—Oh, sí, lo sé —sonrió ella—, ¡pero estoy decidida a aprender japonés!

—Bueno —torció el gesto Nomura—, no creo que adelante mucho con esa guía turística, pero contando con la cortesía japonesa sin duda saldrá adelante.

—¡Estoy segura de eso! Cuando me propongo una cosa no descanso hasta conseguirla.

—En ese caso, se cansará usted mucho si pretende aprender mi idioma. No es precisamente fácil.

—Bueno, no tengo prisa.

Eiko Nomura no pudo esta vez contener la sonrisa.

—¿Es usted americana o inglesa?

—Inglesa.

—Es un tanto a su favor. En Japón hay demasiados americanos.

—¿No le gustan a usted los americanos, señor?

—Sólo he dicho que hay demasiados.

—En Estados Unidos también hay muchos japoneses.

Eiko Nomura se quedó mirando fijamente a la muchacha. De acuerdo, ella tenía razón. Pero seguía pensando que en Japón había demasiados americanos.

—¿Le he molestado? —preguntó ella, muy abiertos los ojos.

—No. Lo que ha dicho es cierto. Pero en Estados Unidos no hay sólo muchos japoneses, sino mucha gente de todas las razas y nacionalidades… Incluso hay indios.

La muchacha se quedó mirándolo desconcertada. De pronto, se echó a reír.

—¡Ésa ha sido una ironía muy fina! —exclamó—. Me parece que usted ha querido hacer un chiste, señor.

—No era mi intención —sonrió Nomura—, pero me temo que en efecto he hecho un chiste.

—Me alegra mucho eso.

—¿Sí? —se sorprendió Nomura—. ¿Por qué?

—Pues… Bueno, al principio me pareció usted una persona… arisca. Pero me he equivocado, por fortuna: es usted simpático.

Eiko Nomura quedó en verdad estupefacto. ¿Él era simpático? Esto era lo más chocante que había oído en su vida. Casi estuvo a punto de reír.

—Muchas gracias, pero un chiste involuntario no significa nada.

—Ya lo creo que sí —aseguró la rubia—. Las personas que siempre van contando chistes prefabricados no tienen el mismo ingenio y la misma simpatía que las personas que hacen los chistes. De modo que usted es simpático.

—Bien… Empiezo a pensar que usted también lo es, señorita.

—Me llamo Nora Tisdale. ¿Cómo está usted?

Le tendió la mano. Eiko Nomura se quedó mirando aquella mano fina, bellísima, de uñas suavemente esmaltadas en color rosa perla. Una mano que parecía la expresión de la delicadeza… Pero, cuando Nomura, tras un visible titubeo, la estrechó, notó la firme presión de los aristocráticos dedos, presintió que no era una mano vulgarmente funcional, sino una mano para hacer cosas. Era una mano fuerte.

—Encantado, señorita Tisdale —murmuró—. Yo soy Eiko Nomura.

—Encantada a mi vez. ¡Apuesto a que sé a qué se dedica usted!

—¿Sí? —se alertó Nomura—. ¿A qué?

—Yo diría que es usted profesor de karate… ¡No! De karate, no… ¡De judo!

Nomura iba de pasmo en pasmo.

—¿Por qué dice eso?

—Por su aspecto. Es un aspecto… sólido, fuerte, tranquilo y seguro de sí mismo. ¿Verdad que es usted profesor de judo?

—Sí —mintió Nomura—, en efecto. Soy Sexto Dan —y ahora no mentía, lo era—… ¿Practica usted el judo, quizá? Lo pregunto porque para identificar a un judoka hay que tener buenas nociones de judo.

—¡Qué va! —rió Nora Tisdale—. La verdad es que ha sido un tiro al azar. ¡Pero me alegro mucho de haber acertado! ¿Sabe…? ¡A mí me encantan los judokas! Es algo que no puede evitar: ¡me son enormemente simpáticos!

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho: me gustan los hombres fuertes y tranquilos. Además, vi una vez una película de judokas que me impresionó muchísimo. Fue en un pase privado, con unos amigos, en París.

—¿Habla usted francés?

—¡Ah, sí, francés, sí! ¿Lo habla usted?

—Bastante bien —asintió Nomura—… ¿Cuál es esa película de judokas que vio usted? Espero que no fuese una de esas que hacen a cientos en Hong Kong.

—Me parece que no, porque los amigos franceses la presenciaron casi con reverencia. Llevaba el título del personaje, que si no recuerdo mal se llamaba Sugata Sanshiro. ¿La conoce?

—Sí. ¿Le gustó a usted?

—¿Gustarme? ¡Me fascinó, me maravilló, me… me impresionó muchísimo! Especialmente, la escena en la que Sugata Sanshiro, para probarle a su maestro su valor se tira a un lago y permanece toda la noche metido en el agua, sujeto a un poste, pasando mucho frío y notando cómo las sanguijuelas se adhieren a su cuerpo… Al amanecer, los nenúfares del lago se abren para recibir los rayos del sol, y entonces, de pronto, Sugata Sanshiro comprende lo que quería decirle su maestro: no basta la fuerza, sino que el judoka debe poseer… una dulce belleza, suave. No sé si lo entendí bien.

Eiko Nomura, que escuchaba absorto a la señorita Tisdale, parpadeó de pronto, y asintió.

—¡Ya lo creo que la entendió! —exclamó—. Como pocas personas, señorita Tisdale. Para mí, es la mejor escena de la película.

—Para mí también. Aunque me gustó también mucho la de la lucha entre Sugata y el otro japonés que es karateka… Fue muy emocionante y espectacular: un judoka y un karateka enfrentados, los dos solos en un paraje nevado, en una lucha a muerte. Escalofriante.

Nomura volvió a parpadear.

—¿Estará usted muchos días en Kyoto? —se interesó.

—Sólo el tiempo de presenciar el Festival Gion Matsuri, que se celebra mañana y pasado. ¿Usted también va a ver el festival, señor Nomura?

—Entre otras cosas. Quiero decir que posiblemente disponga de tiempo para acompañarla en un par de ocasiones…, si usted me lo permite.

—¡Estaría encantada! —exclamó Nora Tisdale—. ¿Es cierto que el día diecisiete, es decir, pasado mañana, habrá un desfile de carrozas encantadoras?

—Se puede decir que son encantadoras —admitió Nomura, riendo—. Supongo que sabe usted que el Festival procede del Templo Sintoísta de Yasaka, y que el Festival se remonta al siglo noveno.

—Oh, sí, sé bastante sobre eso, me gusta viajar lo más documentada posible… ¡Pero estoy segura de que su compañía será mucho más ilustrativa que los catálogos que he conseguido!

—Es usted muy amable. ¿Es qué hotel estará?

—Todavía no lo sé. Buscaré alguno que…

—¿Quiere decir que va a Kyoto para el Festival Gion Matsuri, sin haber hecho reserva en ningún hotel? —preguntó incrédulamente Nomura.

—Así es. Pero estoy segura de que encontraré…

—No esté tan segura. Va mucha gente a Kyoto esos dos días.

—¿Significa eso que no encontraré hotel?

—Lo arreglaremos —sonrió Nomura—. En última instancia, tal vez yo podría encontrarle acomodo en un *ryokan* en las afueras de

la ciudad. Es modesto, pero muy agradable… ¿Sabe usted lo que es un *ryokan*?

—Me parece que es un chalé de recreo, ¿no?

—Pues… sí. Y también una especie de posada recoleta y casi pintoresca. Generalmente, suelen ir a ellos personas tranquilas.

—¡Como los judokas! —rió Nora.

—Más o menos —rió también Eiko Nomura—. Bien, si usted no es judoka, ¿qué es? Me gustaría saber a qué se dedica.

—Soy maestra de escuela.

—Maestra de escuela —pareció reflexionar Nomura—. Debo entender que se dedica a instruir niños.

—En efecto. Algunos son terribles, pero en general resultan encantadores. ¿Le gustan a usted los niños, señor Nomura?

—¿Los niños? No sé… Supongo que sí.

—¿No está seguro? ¿Acaso no tiene usted hijos?

—Soy soltero.

—Oh… ¡Oh!

—¿La sorprende?

—Bueno… Un hombre como usted… Quiero decir… Vaya, se diría que las japonesas no tienen muy buen gusto si le han dejado a usted soltero.

Eiko Nomura volvió a reír. Se había relajado completamente, y seguía con agrado e interés la conversación, que iba a de un tema a otro con increíble rapidez y fluidez, con naturalidad. A decir verdad, Eiko Nomura se estaba prometiendo un viaje feliz, y de un modo inconsciente presentía que podía vivir dos hermosos días en Kyoto. Muy hermosos, y, tal vez, inolvidables. La señorita Tisdale era una inglesa inteligente, simpática y de clase, eso no podía dudarse. ¡Y tan encantadora…!

El tiempo fue pasando sin que Nomura se diera cuenta. La conversación, variada y culta, pero siempre amena y chispeante, le absorbió por completo. El modernísimo superexpreso nipón circulaba a una media cercana a los doscientos kilómetros por hora, pero el confort del tren era poco menos que insuperable. Los pasajeros del vagón cercanos a Nomura y la señorita Tisdale se habían resignado ya a envidiar la suerte de Nomura por su hermosa compañía…

Ya muy adelantado el viaje, Nomura miró hacia la puerta del

vagón que quedaba a la espalda de Nora Tisdale, y sus ojos quedaron fijos. Estuvo así apenas un par de segundos, y luego parpadeó y miró a Nora.

—¿Me disculpa un par de minutos? —pidió, poniéndose en pie.

—¿Qué pasa? —se sorprendió ella—. ¿Estamos llegando?

—No, no. Todavía falta un poco. Volveré enseguida.

Ella sonrió.

Nomura salió al pasillo, y caminó hacia detrás de la bella inglesa, que encendió un cigarrillo y miró su relojito de pulsera.

Interiormente, la señorita Tisdale sonreía, pero en el fondo estaba incluso un poco inquieta. Había sido demasiado fácil romper la barrera glacial que había presentido en Eiko Nomura. Claro que, a fin de cuentas, éste era simplemente un hombre, por muy japonés que fuese, y la perspectiva de intimar con una chica como ella en modo alguno podía resultarle desagradable. Sin duda, sabía que podía disponer de tiempo para arreglar sus asuntos en el *ryokan* y además acompañarla…

Bueno, no tenía por qué sentirse inquieta. No era la primera vez que envolvía en sus redes de simpatía a un hombre. Todo podía ser normal, a fin de cuentas…

Cuando volvió a mirar su relojito habían pasado más de diez minutos. La actitud de Nomura había sido la de quien se dispone a ir a los servicios, pero Nora Tisdale no olvidaba la mirada que había dirigido hacia la puerta del vagón. Se convenció ahora de que alguien había hecho una seña a Nomura. ¿Estaban quizá conversando en otro vagón, o en el bar?

Nora Tisdale se puso en pie, y salió al pasillo. Tenía mil pretextos para recorrer el tren, empezando por el de buscar el bar para beber algo fresco. Y recorriendo el tren, tal vez consiguiera ver a la persona o personas que estuviesen conversando con Eiko Nomura.

En la plataforma cerrada estaba la puerta de los servicios. Se acercó a ella, asió la manilla, y la bajó. Empujó la puerta, y dio un paso hacia el interior.

Se detuvo en seco al ver a Eiko Nomura.

Estaba sentado en el suelo, ladeado un poco de modo que parecía apoyarse en el inodoro, con la cabeza echada hacia atrás. Tenía los ojos abiertos, y parecían ahora dos bolas de negro cristal

opaco. En su pecho se veían los tres manchurrones de sangre que señalaban otros tantos impactos de bala.

La señorita Tisdale retrocedió, cerró la puerta, y se dirigió hacia el otro vagón.

Nadie que la viera pensaría que acababa de ver a un hombre asesinado en un lavabo de tren. Llegó al bar y pidió un refresco. Había bastante gente en el bar, casi toda ella de raza japonesa. Los hombres la miraban, impávidos en lo posible.

Había dos hombres blancos, desde luego norteamericanos, que la miraban sonrientes.

Uno de ellos dijo:

—¿Podemos ayudarla en algo?

—No, gracias —sonrió Nora—. Viajo con un amigo japonés.

—Entonces, todo va bien —alzó el pulgar el yanqui.

Ella volvió a sonreír, y terminó su refresco. Desde luego, lo que no podía hacer era apearse del tren antes de llegar a Kyoto, aun suponiendo que hubiera alguna estación con parada. Todos los de su vagón la recordarían perfectamente como compañera de viaje de Nomura en cuanto éste fuese hallado…, si es que no lo habían hallado ya. Alguien tenía que ir a los servicios más pronto o más tarde.

Abandonó el bar tras un saludo a los dos norteamericanos, y se metió en el lavabo del primer vagón.

Allí, abrió el maletín rojo con florecillas azules, alzó el doble fondo donde tenía dinero y varios pasaportes, y escondió la pistolita de cachas de madreperla. Aunque a Nomura lo habían matado con un arma de mucho mayor calibre sería una gran complicación que, en el caso de que la policía japonesa la interrogara, encontrasen su pistolita silenciosa de origen. Sí, una gran complicación.

Salió del lavabo y se encaminó hacia su vagón.

Ya lo habían encontrado.

# Capítulo IV

En la plataforma había un empleado del tren y varias personas más, hablando excitadamente. Un hombre la señaló a ella, y el empleado de la J. N. R. se le acercó y empezó a hablarle en japonés.

—No entiendo —negó Nora Tisdale—… No entiendo, lo siento. ¿Qué es lo que pasa? ¿Nadie habla inglés aquí?

—Yo hablo inglés —dijo un japonés—. Su amigo está dentro del lavabo, muerto.

—¿Mi amigo? ¿Muerto? ¡No le comprendo!

—El hombre que la acompañaba.

—A mí no me acompañaba ningún hombre. Si se refiere al señor Nomura lo he conocido en este tren, eso es todo… ¿Dice usted que está muerto? ¡Pobre hombre, debe de haberle dado un colapso…!

—No. Tiene sangre. Lo han matado.

Nora Tisdale se quedó mirando incrédulamente a su interlocutor. De pronto, se llevó las manos a la boca, ahogando un grito de espanto. Su comedia era perfecta. El empleado del tren estaba muy nervioso. Llegó otro empleado de la JNR, y comenzaron a hablar raudamente. Acudían más personas.

—Vamos a tener molestias en Kyoto —dijo el japonés que hablaba inglés—. Nos estará esperando la policía, pues la van a avisar.

—Todo esto es horrible —sollozó Nora—… ¡Horrible!

El japonés asintió. Casi no se cabía en la plataforma cerrada. En la puerta del otro vagón la señorita Tisdale vio a dos hombres orientales, ciertamente, pero no japoneses. Eran chinos. La habían estado mirando a ella, pero de pronto desviaron la mirada y retrocedieron hacia el interior del vagón, donde la noticia estaba siendo comentada.

Esperó unos segundos antes de desplazarse en pos de los dos chinos. Era muy difícil caminar por entre la gente que se

apelotonaba en el pasillo. Todavía pudo ver a los dos chinos pasando de aquel vagón a otro. Ella también fue hacia allí…

Cuando terminó de recorrer el tren en aquella dirección no había vuelto a ver a los dos chinos. La conclusión era obvia: se habían escondido de ella, posiblemente en uno de los lavabos. Emprendió el regreso a su vagón, lamentando tener que llevar escondida la pistola.

Se daba perfecta cuenta del doble riesgo que estaba corriendo. Por un lado, los dos chinos, que sin duda eran los asesinos del general Nomura. Por otro lado, la necesidad de mantener la pistola oculta si no quería complicarse la vida muchísimo. De todos modos, no la pillarían desprevenida si optaban por intentar matarla a ella también.

Aunque seguramente no harían eso, y menos en el tren. Tal vez esperarían a que llegase a Kyoto, la seguirían, querrían saber cosas de ella… ¿Habían sospechado de ella y por eso habían eliminado a Nomura, comprendiendo que éste había sido descubierto, que ella era una espía?

Mientras caminaba hacia su vagón, la señorita Tisdale sentía como si un dedo helado estuviese recorriendo arriba y abajo su espalda.

* * *

Eran casi las cinco de la tarde cuando la señorita Nora Tisdale salía de la Prefectura Central de Policía de Kyoto, acompañada por un ceremonioso oficial que la despidió muy cortésmente. No habían encontrado la pistola, y, además, su pasaporte británico estaba en regla, constando la entrada en Japón por Tokio, procedente de Hong Kong. Casualidad. Un mal recuerdo para la hermosa visitante británica. Se le pidieron mil disculpas.

Ya sola, se acercó al borde de la acera. Kyoto era una ciudad resplandeciente, con más de un millón y medio de habitantes. Tal vez tuviera problemas para encontrar un hotel, pero pensó que Nomura había exagerado, posiblemente para poder mostrarse servicial y mantenerla cerca de él.

En el momento en que se disponía a alzar un brazo para llamar un taxi, un automóvil pasó lentamente por delante de ella. Al

volante iba Fedor Kevichian, mirándola fijamente. La señorita Tisdale, simplemente, desvió la mirada, y Kevichian prosiguió su camino. Era fácil para dos espías de su categoría entenderse con actitudes.

El taxista también la entendió cuando ella le pidió que la llevase a un hotel de calidad. Diez minutos más tarde estaba ante el Kyoto Flower, en la calle Gojo-Dori, precisamente cerca de la estación. Echó un vistazo al edificio, y la convenció. No era de superlujo, pero bastaba. Y no era cosa de complicarse la vida buscando cosas extraordinarias.

Quince minutos más tarde, la señorita Tisdale se hallaba instalada en una confortable habitación cuya terraza tenía vistas al Templo Higashi Honganji, según la informó el botones que la acompañó portando su única maleta.

Y en cuanto estuvo sola, la señorita Tisdale sacó del maletín un paquete de cigarrillos que tampoco había llamado la atención de la policía japonesa. Tiró de uno de los cigarrillos, y, en el acto, Fedor Kevichian le contestó, utilizando la radio que ella le había entregado en Nápoles, con determinada onda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kevichian, en ruso.

—Han matado al general Nomura.

—¡Maldición! ¿Cómo ha sido?

—Le han metido tres balas en el pecho y lo han dejado tirado en un lavabo. Creo que han sido dos chinos.

—¿Dos chinos que viajaban en el tren? ¿Qué ha sido de ellos?

—Nadie los ha molestado, naturalmente. Era a mí a quien la Policía quería hacer preguntas. Ha sido una lástima, Fedor, porque tenía a Nomura bien agarrado: estoy segura de que me habría llevado al *ryokan* en cuestión, y que habría buscado intimidad entre nosotros.

—¡Maldita sea…! Pero bueno, ya ve cómo están las cosas, Baby: debe de tratarse de un asunto muy serio cuando no han vacilado en matar nada menos que a Nomura. Un momento… ¿A usted no la han molestado esos dos chinos?

—No.

—Me sorprende, porque si la vieron con Nomura… Bueno, tal vez les habría sido más rentable matarla a usted, no a él.

—Vamos, Fedor, no diga tonterías.

—Sí, tiene razón. El hecho de que usted estuviera con él significaba bien claramente que Nomura había sido detectado en sus maquinaciones, fuesen cuales fuesen, así que había que silenciarlo. En cuanto a usted… si han sospechado, me sorprende que la hayan dejado en paz.

—No me han dejado en paz —sonrió fríamente Nora Tisdale—: los dos chinos me siguieron hasta la Prefectura de Policía en un coche que los estaba esperando en la estación, y luego me han seguido hasta este hotel, el Kyoto Flowers.

—¡No se mueva de ahí, y tenga cuidado! —Casi gritó Kevichian —. ¡Voy inmediatamente hacia…!

—Fedor —le interrumpió Nora Tisdale, amablemente—, sólo se trata de dos chinos.

El espía ruso permaneció en silencio dos o tres segundos; por fin, dijo, con tono festivo:

—De acuerdo. Ha sido una tontería por mi parte excitarme tanto, pero le prometo que no tendrá que volver a recordarme que usted es nada menos que Baby.

—Espléndido —sonrió ella—. Supongo que tiene usted localizado perfectamente el *ryokan* en el que sin duda están esperando a Eiko Nomura.

—Por supuesto. Como le dije, su nombre es Ikebana. Está hacia el este de Kyoto y un poco al sur de Sakamoto, muy cerca del lago Biwa. Pero no sé si estarán esperando a Nomura. En primer lugar, es posible que alguno de los implicados en el caso viajara en el mismo tren que ustedes, y sepa ya que Nomura ha muerto. Luego, cabe la posibilidad de que él fuera el primero en llegar. Lo mejor sería que me comunicara con mis compañeros a ver qué me dicen al respecto.

—Hágalo, y llámeme cuando sepa algo. Hasta luego.

Nora Tisdale cerró la radio bajando el cigarrillo, y dejó el paquete sobre una mesita.

Se quedó mirando dubitativa su maleta. ¿Valía la pena sacar sus cosas y ponerlas en el armario? Lo más probable era que tuviera que abandonar pronto Kyoto… La llamada a la puerta de la habitación sonó cuando la espía internacional estaba debatiéndose en esta duda. Volvió la cabeza, alzó una ceja, y acto seguido sacó rápidamente la pistola de cachas de madreperla de su escondrijo del

doble fondo del maletín. La deslizó en el escote, y se acercó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó sin abrir.

—Servicio de hotel, señorita —contestaron en inglés.

Nora Tisdale casi estuvo a punto de soltar la carcajada. Consiguió mantenerse seria mientras abría la puerta.

Las dos pistolas provistas de silenciador la apuntaron inmediatamente al pecho. Tras cada pistola, un chino. Los dos chinos del tren. Nora parpadeó, como desconcertada y, sobre todo, asustada. No dijo nada, pero pareció que fuese debido al miedo.

Uno de los chinos la empujó con la mano libre, entraron los dos, y el último cerró la puerta.

—Nos vimos en el tren —dijo uno de los chinos—. Supongo que nos recuerda. Nosotros también la recordamos muy bien a usted: estuvo conversando con Eiko Nomura, el general japonés.

—¿General? ¡No sabía…!

—Déjese de tonterías —cortó bruscamente el otro chino—. Queremos saber quién es usted y qué pretendía del general Nomura.

—Bueno, yo… yo no pretendía nada. Estuvimos charlando de muchas cosas, y él…

El chino se adelantó, y lanzó un puñetazo corto y seco que acertó a Nora Tisdale en el vientre. Nora se encogió como si estuviera a punto de caer desvanecida, como si no pudiera soportar el dolor. Una seca bofetada la enderezó. El chino la agarró acto seguido por un brazo, y la tiró rudamente en un sillón.

—Escuche, usted no va a burlarse de nosotros, señorita americana. Queremos saber…

—No soy americana —jadeó Nora—… Soy británica, tengo mi pasaporte…

—¿Británica? ¡A ver ese pasaporte!

—Está… está abajo, en la conserjería… ¡Les voy a denunciar a la Policía, me han golpeado…!

—Me sorprendería mucho que usted recurriese a la policía. Y todavía me sorprendería más que fuese británica. Usted se las arregló para hacer contacto con el general Nomura, y no va a conseguir que cambiemos de opinión. Ahora, díganos quién es y qué pretendía, qué sabía usted de Nomura.

—Ustedes no son japoneses… Son chinos. No comprendo nada

de esto… ¿Eran amigos del señor Nomura?

Los dos chinos se quedaron mirándola fijamente. De pronto, uno de ellos sonrió. En realidad fue una mueca.

—Evidentemente, su nivel profesional es bueno —dijo casi amablemente—: está pasando de ser interrogada a interrogar usted, haciéndose la tonta. Pero no vamos a caer en la trampa. Le vamos a arrancar las orejas si no contesta a nuestras preguntas.

Nora Tisdale suspiró profundamente. Comprendió que el viejo truco del diálogo asustado no iba a dar resultado en esta ocasión, que los chinos no le dirían nada que valiese la pena. Del mismo modo que comprendió que en cuanto ellos supieran lo que querían saber la matarían allí mismo.

—Está bien —murmuró—… Soy americana, sí. Estoy… siguiendo una pista que dejó a la CIA mi compañero Orwells, el que murió en Hong Kong.

—Eso está mejor —asintió el chino—. ¿Qué pista dejó el americano muerto en Hong Kong?

—Había mencionado al general Nomura a uno de sus compañeros de Hong Kong.

—De acuerdo. ¿Y qué dijo de Nomura para que la CIA la pusiera a usted tras el general?

—Dijo que sospechaba que el general Nomura tenía relaciones privadas con el Lien Lo Pou. Nos pareció increíble, pero…

No dijo más. Miraba expectante a los chinos, todavía con la esperanza de obtener algún dato, cualquier pequeña información definitiva. Pero los chinos estaban alerta en este sentido. Y eran dos buenos profesionales, sin duda. Y también sin duda, pertenecían, precisamente, al Lien Lo Pou.

—Pero ¿qué? —instó el chino, impávido—. Siga usted.

—Ustedes son del Lien Lo Pou, ¿no es cierto?

—Si vuelve a hacer una pregunta…

Justo en aquel instante sonó un zumbido levísimo en alguna parte. Era apenas audible, y uno de los chinos no pareció captarlo, pero sí el otro, que se irguió vivamente.

—¿Qué ha sido eso?

Su mirada se posó en la mesita sobre la cual estaba el paquete de cigarrillos, del cual volvía a brotar el suave zumbido. Nora Tisdale se llevó las manos al pecho, al parecer asustadísima. El

chino dio un paso hacia la mesita. La mano derecha de Nora Tisdale se hundió entre los senos, y reapareció velozmente con la pistolita. El chino que caminaba no captó el gesto. Su compañero sí lo captó, pero cuando vio la pistolita ya no tuvo tiempo de nada.

Plof, disparó Baby.

La pequeña bala dio en el centro de la frente del chino que la estaba apuntando, y le empujó suavemente. El otro se volvió en el momento en que Baby saltaba hacia él, giraba, y disparaba una tremenda patada hacia atrás. Su pie, en durísimo *ushiro gari*, impactó justo en el hígado del chino, que emitió un berrido ahogado, retrocedió fuertemente impulsado, y cayó de espaldas, soltando la pistola. Justo en ese instante el que ya había muerto caía sentado y acto seguido de espaldas.

Baby saltó de nuevo hacia el otro, que, tendido ahora boca abajo, demudado el rostro, intentaba alcanzar su pistola. El pie derecho de Baby le golpeó en la sien izquierda. El chino emitió un ronquido sincopado, y se relajó. Sus ojos quedaron abiertos, desorbitados todavía por el dolor en su hígado. Pero ya no le dolía el hígado, ni nada. Baby movió la cabeza con disgusto cuando comprobó que el puntapié lo había matado.

La llamada seguía sonando. Nora Tisdale se acercó, y agarró el paquete de cigarrillos.

—¿Sí?

—¿Qué ocurre? —preguntó Kevichian—. ¿He sido inoportuno?

—Por el contrario, ha sido usted oportunísimo, Fedor.

—¿Qué está ocurriendo?

—He matado a los dos chinos. Mala suerte.

Percibió el silencio, se imaginó la expresión del espía ruso, y sonrió.

—Sí, mala suerte —susurró Kevichian—. He obtenido información de mis compañeros: en el *ryokan* están esperando los tres amigos de Nomura que ya conocemos. Puede que haya alguno más, pero por el momento son desconocidos para nosotros.

—Bien, el caso es que no deben de saber que Nomura ha sido asesinado.

—Claro que no. ¿Qué vamos a hacer con esos dos chinos?

—Olvídelos. Pero no me olvide a mí: recójame dentro de quince minutos frente al Templo Higashi Honganji. ¿Sabe dónde está?

—Estaré allí.

—Perfecto.

Quince minutos más tarde, en efecto, Fedor Kevichian estaba esperando frente al Templo Higashi Honganji. Vio acercarse a la mujer pelirroja y maciza, con lentes, pero no le concedió la menor importancia. Sin embargo, ella llegó y se metió en el coche, sentándose a su lado. Durante un instante, el espía ruso quedó desconcertado. Luego, absolutamente estupefacto.

—¿Es usted? —exclamó.

—Sí. Vámonos de aquí. Hacia el *ryokan*. ¿Tiene ya las fotografías de esos hombres?

—Sí; y la de Kio Feng, el intermediario de Hong Kong… ¿Ha dejado a los dos chinos muertos en algún sitio adecuado?

—Muy adecuado —sonrió la pelirroja, tomando el sobre que le tendía Kevichian—: en la habitación de mi hotel, el Kyoto Flower.

—Está bromeando —alentó apenas Kevichian.

—Claro que no. Le diré lo que he hecho: he bajado a la conserjería, he pedido por favor mi pasaporte, y he vuelto a mi habitación. Allí, he cambiado de aspecto, he metido en mi maletín las cosas imprescindibles, y he dejado la maleta y el resto de las cosas sobre la cama. Luego, simplemente, me he marchado y he venido aquí a pie. Era el mejor modo de asegurarme de que el tercer chino, el que esperaba a los otros dos en el coche, no me seguía. Quiero decir que me habría dado cuenta enseguida. Pero no me ha seguido.

—Lo que significa que no podemos vigilarlo nosotros a él.

—No es nadie —dijo despectivamente la pelirroja—, sólo un auxiliar local.

—La policía buscará a la mujer que ocupó esa habitación donde encontrarán dos chinos muertos.

—Ése es un problema de la policía, no nuestro —sonrió Baby—… Veamos a estos personajes.

Sacó las fotografías del sobre.

El primero era el chino Kio Feng. Parecía tener unos cuarenta años, era agradable, con una cierta expresión de socarrona astucia en los redondos ojos. Había algo chocante en él, y Baby lo descubrió tras un par de segundos de sorprendido examen.

—Cielos —murmuró—: ¡un chino con el cabello rizado! Creí que

todos los chinos tenían el cabello lacio.

—A menos que se hagan la permanente —rió Kevichian.

Baby se limitó a sonreír, y pasó la fotografía de Kio Feng. Había otra, pero la pasó rápidamente.

Apareció el rostro de un japonés, cuyo nombre constaba al pie de la foto: Masao Keiji, el empleado en el Palacio Imperial. Unos cincuenta años, serio, con gafas, aspecto de intelectual. Apareció acto seguido el rostro de Minoru Sato, el diplomático. Unos cuarenta y cinco años, facciones delicadas, hermosas, mirada franca respaldada por una sonrisa un tanto petulante. El último era el almirante Takashi Yamashita. Unos sesenta años, cabellos completamente blancos, facciones vigorosas, ojos pequeños y penetrantes. Emanaba de sus facciones una gran energía.

La pelirroja metió las fotografías de nuevo en el sobre y devolvió éste a Kevichian.

—¿Sabemos si el comandante Tokoda va a venir a Kyoto?

—Por el momento, que sepamos, permanece en Tokio. Naturalmente, lo tenemos controlado. He estado pensando en Nomura… Me gustaría saber exactamente todos los detalles.

Baby asintió, y lo explicó todo rápidamente, incluyendo al final lo sucedido en el hotel con los dos chinos.

—Naturalmente —terminó—, los dos chinos eran del Lien Li Pou. Eran agentes de cierto nivel.

—No el suficiente para usted.

—Es evidente.

Fedor Kevichian asintió.

—¿No se le ocurrió a usted registrar al general Nomura?

—No. Ni por un momento. Si llevaba encina algo importante los dos chinos debieron de quitárselo. Y además, no quise permanecer en aquel lavabo ni un segundo.

—Claro. Bueno, entiendo que usted desea hacer algo en el *ryokan* Ikebana. ¿De qué se trata?

—Si usted dispone de personal suficiente retiraremos del *ryokan* a esos tres hombres, y a sus amigos desconocidos que se hayan presentado a la cita.

—¿Quiere decir secuestrarlos?

—Sí. Antes de que los maten.

Fedor Kevichian miró sobresaltado a Baby. Se dio una palmada

en la frente.

—¡Soy un idiota! —exclamó—. ¡Claro que querrán matarlos, como han hecho con el general Nomura! Maldita sea mi estampa, eso tuvo que ocurrírseme a mí.

—No se desmoralice. ¿Saben sus compañeros que yo estoy trabajando con usted en esto?

—Todavía no les he dicho nada. Bueno, saben que cuento con una importante ayuda de gran nivel, pero ni por asomo se les debe de ocurrir que se trata de Baby. ¡Ni lo creerían!

—Está bien. Llámelos y dígales que preparen la acción para secuestrar a esos tres japoneses. Pero, Fedor, hay una cosa que quiero dejar bien clara: si sus compañeros se enteran de que la mujer que le acompaña es Baby, y alguno de ellos busca complicaciones o gloria personal por cazarme o matarme, lo mataré. Quiero que esto quede bien claro.

—No tienen por qué saber quién es la mujer que me acompaña —murmuró Kevichian—. Podemos decirles que es usted rusa, una camarada… especial, enviada expresamente de Moscú. Usted habla el ruso de tal modo que no sospecharán nada.

—De acuerdo. Dígales que le acompaña Galina Cherkova, y esperemos que todo salga bien.

# Capítulo V

Debían de ser cerca de las siete y media cuando el coche conducido por Fedor Kevichian se detuvo frente al Ikebana. Desde su asiento, Galina Cherkova lo estuvo observando unos segundos, con la impresión de siempre hacia el paisaje japonés, que se extendía hacia el lago situado detrás del *ryokan*. Los altos abetos parecían atrapar entre sus ramas un denso silencio que quedaba flotando en el calor de la tarde. La construcción era típicamente japonesa, con un puentecillo de madera adornando el florido jardín que había a un lado. Frente al *ryokan*, en una extensión bien delimitada, había varios automóviles de categoría.

—Es lo que más envidio de los japoneses —masculló Kevichian—: saben adornar su vida con cosas hermosas.

—Y simples —murmuró Baby—, porque todo lo que hay ahí son flores y agua. Y bambúes.

De súbito, Baby recordó el hermoso e idílico jardín de uno de los hombres a quienes sinceramente admiraba: el viejo maestro de Artes Marciales Takeo Inomura[2]. Hacía tiempo que no sabía nada de él. Y *sensei*[3] Inomura era tan anciano que quizás hubiese muerto… Si no era así, podía aprovechar su estancia en Japón para visitarlo…, cuando todo terminase, por supuesto. Tenía muy buenos recuerdos de *sensei* Inomura.

—Bien —dijo Kevichian—, también hay cosas complicadas en los japoneses. Cosas que no me gustan, francamente.

—Espere usted aquí —murmuró Baby.

Salió del coche, y se dirigió resueltamente hacia el *ryokan*. Oyó entonces, en el jardín, el rumor del riachuelo deslizándose por entre peñas rojizas, y el piar de algunos pájaros. ¡Con qué cosas tan simples se reavivaban los recuerdos!

La puerta principal del *ryokan* estaba abierta. Había un vestíbulo todo de madera. A un lado, varios pares de zapatos, todos

masculinos. Enfrente, una puerta de papel. Baby se descalzó, se dirigió hacia esa puerta, y corrió una hoja, sin hacer el menor ruido.

La estancia-salón apareció ante sus ojos como un bello cuadro que habría sorprendido a cualquiera que no hubiera tenido tantas vivencias como la espía americana. No había allí barra de bar, sólo mesitas bajas lacadas, alrededor de algunas de las cuales había hombres sentados con las piernas cruzadas, tomando el té, algunos sake, la mayoría en silencio, ataviados con hermosos kimonos. Como una estampa del viejo Japón. Al fondo, un amplísimo ventanal, abierto completamente, permitía ver el jardín: flores, árboles, bambúes, un cielo nítidamente azul que comenzaba a teñirse de rojo de ocaso. Era como algo irreal.

Pero más irreal resultaba su presencia inesperada en aquel lugar. Todos los hombres habían vuelto la cabeza hacia la puerta, y la miraban con inescrutable estupefacción.

Un hombre ataviado con un kimono negro apareció por una puerta lateral, asimismo corredera y de papel, la miró atónito un instante, y enseguida acudió hacia ella, presuroso. No podía evitar parecer un poco escandalizado. Posiblemente, si ella había interpretado bien las intenciones del fallecido general Nomura, hubiera en el *ryokan* alojamiento para mujeres, pero, ciertamente, éstas no tenían nada que hacer en aquella sala.

El hombre del kimono negro se detuvo ante ella, hizo repetidas reverencias…, pero señaló la puerta. Su voz era como un murmullo, sus gestos hacia la puerta parecía que no fuesen a terminar nunca. Por lo demás, el silencio era glacial en la sala.

Baby localizó a los tres hombres cuyas fotografías había visto poco antes. Estaban sentados alrededor de una mesita, con otros dos. Cinco en total. Fuese lo que fuese lo que estuvieran tramando, iban consiguiendo adeptos.

Miró irritada al japonés del kimono negro, y masculló, en inglés:

—Apártese.

El hombre respingó. Ella lo apartó, y fue directa hacia la mesa ocupada por los cinco hombres, que la miraban entre atónitos e iracundos. Se quedaron como petrificados cuando la pelirroja se sentó entre dos de ellos, cruzando las piernas, y diciendo:

—Han asesinado al general Nomura.

El japonés del kimono negro había corrido tras ella. Intentó

asirla de un brazo, pero el almirante Yamashita dijo algo secamente, y el hombre se retiró en el acto. Los demás clientes del paradisíaco lugar fruncieron el ceño, pero dejaron de mirar hacia el grupo en el que había interferido la extranjera de los cabellos rojos.

—¿Qué ha dicho usted? —habló quedamente en inglés el almirante Yamashita.

—Me han entendido perfectamente: durante el viaje hacia aquí en el tren, dos chinos han asesinado al general Nomura. Y tengo motivos para sospechar que ahora pretenderán asesinarlos a todos ustedes.

—Usted está loca —dijo uno de los dos desconocidos.

—Completamente —apoyó Minoru Sato—… ¿Qué significa todo este embrollo? ¿Y quién es usted?

—Seguramente no van a creerme, pero todo lo que estoy intentando en estos momentos es salvar sus vidas…, aunque no estoy segura de que lo merezcan. ¿Todos hablan inglés? ¿Me están entendiendo todos?

—Por supuesto —asintió Masao Keiji—. Es decir, entendemos sus palabras, pero no su significado. ¿Qué ha querido decir con eso de que está intentando salvar nuestras vidas?

—Mire, señor Keiji, si perdemos…

—¿Me conoce usted? —Se sobresaltó Masao Keiji.

—Le conozco a usted, al señor Sato y al almirante Yamashita. A los otros dos señores no los conozco, pero es evidente que forman parte del grupo del general Nomura, el cual, como ustedes bien saben, se ha estado relacionando con el Lien Lo Pou utilizando como intermediario a su ayudante, el comandante Fukuo Tokoda, quien a su vez se ha estado entrevistando en Hong Kong con el intermediario del Lien Lo Pou, un chino que se hace la permanente y cuyo nombre es Kio Feng. ¿Me han entendido ahora bien todos ustedes? —terminó mordazmente.

Nadie contestó. Los cinco japoneses la miraban fijamente, inexpresivos.

Por fin, el almirante Yamashita susurró:

—Insistimos: ¿quién es usted?

—La cosa está muy complicada en ese sentido —sonrió la espía —, y como no tenemos tiempo que perder les diré el único nombre verdadero y que importa ahora. Espero que les sirva para

comprender que deben ponerse en mis manos. Soy la agente Baby, de la CIA.

Hubo un par de respingos en el grupo, mientras Minoru Sato exclamaba:

—¡La CIA! ¿Qué sabe la CIA de todo esto?

—Por ahora, nada definitivo. Por el amor de Dios, no sé qué es lo que están tramando ustedes, pero éste no es momento de discutir eso. ¡Tenemos que marcharnos de aquí!

Finalmente, todas las miradas convergieron en el almirante Yamashita. Éste frunció el ceño, y señaló la botella de sake.

—¿No desea usted tomar algo? —invitó.

La pelirroja hizo un gesto de impaciencia, y se puso en pie.

—Si ustedes quieren morir, es cosa suya. Buenas tardes, caballeros.

—No se impaciente —gruñó Yamashita—. Iremos con usted.

—De acuerdo. Pero ahora, almirante. AHORA.

El primero en ponerse en pie fue el propio Yamashita, imitado rápidamente por los otros cuatro.

—Iremos a nuestros aposentos para vestirnos con las ropas occidentales. Nuestros zapatos…

—¡No! —rebatió Baby, ya irritada—. Salgan de aquí conmigo, tal como están, pónganse sus malditos zapatos en el vestíbulo, y marchémonos. Y no se les ocurra coger cada uno su coche, pues no podríamos protegerlos. Ocupen todos un solo automóvil, el más grande, aunque preferentemente, el más veloz. ¡Eso es todo!

Dio la vuelta, se dirigió hacia la salida, y, ya en el vestíbulo, se puso los zapatos. Los cinco japoneses aparecieron silenciosamente, y se pusieron, los zapatos: ciertamente, su aspecto resultó así un tanto grotesco, pero no se trataba de acudir a un festival de la elegancia.

—Esperen diez segundos y salgan —murmuró Baby.

Salió ella, y fue directa al coche donde la esperaba Kevichian, junto al cual se sentó.

—Llame a sus compañeros por su radio, Fedor. Dígales que van a salir cinco japoneses, que se meterán en un coche todos, y que nos alejaremos de aquí. Ellos deben limitarse a actuar como escolta, sin dejarse ver ni intervenir a menos que surjan contratiempos.

Kevichian asintió, recurrió a su propia radio, y comenzó a hablar con un compañero llamado Vladimir. Mientras hablaba aparecieron

los cinco japoneses, que se encaminaron hacia el estacionamiento. Cuando Kevichian terminó de hablar, los cinco japoneses estaban ya dentro de un magnífico Honda, que realizó la maniobra hacia atrás y rodó silenciosamente hacia el sendero. El ruso puso en marcha el motor, y salió tras ellos.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —preguntó.

—Les he convencido de que si no aceptaban mi ayuda los iban a matar.

—¿Y hacia dónde se dirigen ahora?

—Eso lo decidiremos nosotros —le miró Baby sonriendo—. Esperaremos un poco, los adelantaremos y les haremos señas para que nos sigan. Cuando vayan a darse cuenta estarán prisioneros. Supongo que disponen ustedes de algún lugar al cual llevarlos para conversar con ellos.

—Sí… Sí.

—Pues nos dirigiremos hacia allá en cuanto yo le avise.

—Es una buena jugada —sonrió de pronto Kevichian—. Con esos hombres en nuestro poder no tardaremos en saber todo lo que se está tramando.

—No será fácil convencerlos de que nos lo digan todo.

—Oh, bueno… ¿Lo dice porque cree que los japoneses son capaces de soportar cualquier tortura?

—¿Quién ha hablado de torturarlos? —Lo miró vivamente la espía americana.

—Considere que no he dicho nada —gruñó Kevichian—, pero si espera que ellos nos lo digan todo a las buenas, olvídelo.

—Ya veremos. Por poco listos que sean comprenderán muy pronto que estamos al corriente de…

El camión había aparecido de pronto. Todavía estaban en el sendero que comunicaba la carretera general con el *ryokan*, así que cabía dudar que un camión tuviera algo que hacer por allí. Además, había estado escondido, eso lo comprendieron en el acto Kevichian y Baby.

Ésta exclamó:

—¡Llame a sus compañeros, Fedor! ¡Pronto!

Kevichian sacó la pequeña radio, y efectuó la llamada.

En aquel mismo instante, el camión giró, quedando de lado en el sendero. Inmediatamente, las puertas de atrás se abrieren, y cuatro

chinos saltaron a tierra, dos de ellos cargados con unos pesados tubos metálicos que fueron identificados inmediatamente por el ruso y la americana.

—¡Bazookas! —gritó Baby—. ¡Salgamos del coche!

Saltó fuera del vehículo cuando apenas Kevichian lo hubo detenido. Delante de ellos, a unos treinta metros, el Honda con los cinco ocupantes japoneses se había detenido. Kevichian saltó también fuera de su coche, oyendo a Baby gritarles algo a los japoneses.

La puerta del Honda se abrió, y apareció Masao Keiji.

En aquel mismo instante, uno de los bazookas fue disparado, cargado por un chino y sostenido en el hombro por otro, que había apuntado hacia el Honda.

El coche recibió de lleno el impacto, y reventó como una simple caja de cerillas con un enorme petardo dentro. Por entre la nube de humo y el lívido resplandor del enorme fogonazo apareció lanzado hacia arriba el cuerpo de Masao Keiji, convertido en una piltrafa sangrienta, destrozado. Subió no menos de siete u ocho metros, y fue a caer como un amasijo de carne lejos del Honda.

Cuando la nube de humo que había envuelto éste desapareció rápidamente, se vio al Honda convertido en un montón de chatarra retorcida, extraña y horrenda tumba para cuatro hombres que, en su interior, habían quedado convertidos en picadillo, y que pronto serían consumidos por el fuego que envolvía el vehículo, el cual, además de los efectos de la granada incendiaria, reventó de súbito en otro estallido al explotar el depósito de la gasolina.

En el momento en que Baby disparaba hacia los chinos, la otra pareja disparaba contra el coche de Kevichian, que saltó como una simple lata de sardinas vacía, reventado por todas partes, envuelto en fuego y en miles de fragmentos rutilantes de cristal.

El disparo de Baby, por supuesto, dio en el blanco, pero la distancia era excesiva para la pequeña pistola, así que el chino que recibió el impacto en el pecho se limitó a caer de rodillas, ponerse, en pie, y saltar hacia el interior del camión… El balazo de Kevichian, que utilizaba una pistola mucho más potente, le acertó en la espalda y lo tiró dentro de la caja del camión como un pelele…

—¡Cuidado, Fedor! —gritó Baby.

La otra pareja de chinos había apuntado su bazooka hacia el ruso, comprendiendo en el acto que, por su arma, era mucho más peligroso que la mujer. Kevichian lanzó un aullido de espanto al verse apuntado, saltó, rodó por el suelo entre unos helechos, y volvió a saltar… A poca distancia tras él todo reventó en humo y fuego, ocasionando un embudo allá donde había estado el agente soviético, que fue alcanzado por la onda expansiva y el calor. La primera lo derribó violentamente de bruces; la segunda formó una humareda en su espalda, que pronto se convirtió en pequeñas llamas.

Baby volvió a disparar, hiriendo a otro chino, que se disponía a recargar el bazooka que estaba en servicio, impidiéndoselo. El chino dejó caer la granada, dio de espaldas contra el borde de la caja del camión, y cayó de bruces.

Dos automóviles aparecían ya a toda velocidad, alzando una nube de polvo, por detrás del humeante coche de Kevichian. Se detuvieron, y varios hombres saltaron rápidamente de su interior, con las pistolas en la mano.

—¡Al suelo! —gritó Baby—. ¡Al suelo, al suelo!

En un instante, los agentes rusos parecieron tragados por la tierra.

Baby cruzó corriendo el sendero, por detrás del coche de Kevichian, y llegó junto a éste cuando el ruso se restregaba de espaldas contra el suelo, apagando las llamas que habían prendido en su ropa. Su rostro estaba lívido, desencajado.

—¡Póngase boca abajo! —aulló Brigitte.

Kevichian no vaciló ni un instante, y, en cuanto estuvo en esa posición, Baby se inclinó sobre él y le arrancó la chaqueta como pudo. Oía los chasquidos de los disparos de los rusos, pero también oía el rumor del camión alejándose.

Y todavía percibía el rumor del camión cuando oyó el fuerte zumbido del motor de uno de los coches.

—¡No! —gritó—. ¡No los persigáis, os van a disparar con los bazookas! ¡Dejadlos! ¡Y venid a ayudarme!

Tres rusos aparecieron a todo correr, todavía pistola en mano. Baby señaló a Kevichian, que comenzaba a incorporarse torpemente.

—Llevadlo a uno de los coches… ¡Y marchémonos de aquí a

toda velocidad!

En menos de diez segundos los dos coches se alejaban del lugar, dejando dos coches incendiados y destrozados… y cinco cadáveres, de los cuales solamente uno podría ser identificado plenamente, y no con facilidad.

—Quizás alguno de ellos esté vivo —jadeó Kevichian.

Baby, sentada junto a él, movió la cabeza.

—Imposible —negó—. ¡Fuera la camisa!

Fedor Kevichian quedó con el torso al descubierto. En su espalda comenzaba a formarse una gran mancha roja, pero Baby lo tranquilizó.

—No será nada. Excesivo calor, pero no han llegado a producirse quemaduras. ¿Cómo te sientes?

Kevichian se quedó mirándola fijamente.

—Mejor que si estuviera muerto —susurró—… O eso creo. Y estaría muerto si no me hubieras advertido.

—Tu modo de luchar es suicida, camarada Fedor —sonrió ella —. Hay una cosa que siempre debe prevalecer en la lucha: la propia supervivencia. Lo demás, se hace o no se hace, según se pueda. Pero lo primero es conservar la vida. Bien, uno de vosotros —miró a los dos rusos que viajaban en el asiento delantero— debe prestarle su chaqueta a Fedor. No podemos ir por ahí con un hombre semidesnudo dentro del coche.

—Podemos ir a buscar ropa donde…

—No —negó Baby interrumpiéndole—. No vamos e ir a ninguna parte de Kyoto. Nos vamos directamente hacia Tokio, a toda velocidad. Por el camino compraremos ropa, si es prudente hacerlo. Y sobre todo, llamaremos a nuestros camaradas de Tokio que están vigilando al comandante Tokoda… ¡Es el último que nos queda!

—Y también querrán matarlo —asintió Kevichian.

—Supongo que sí. La cuestión está en quién llega antes hasta Tokoda, los chinos o nosotros.

# Capítulo VI

El comandante Fukuo Tokoda estaba en su apartamento esperando una llamada. Pero por teléfono y procedente de Kyoto, no en la puerta. Cuando sonó quedó con el vaso de *whisky* en alto, parpadeó, y decidió hacer caso omiso.

Se había quedado en Tokio para atender la llamada de su jefe y amigo, el general Nomura, y eso era lo que iba a hacer. Sólo eso. Y como sabía que el general Nomura no le llamaría hasta última hora de la noche, cuando ya hubiera hablado con los demás, basta entonces había desoído otras llamadas telefónicas. No tenía por qué atender la puerta en absoluto.

Así que continuó bebiendo *whisky*, al parecer tranquilamente. Pero ya se sentía inquieto. Eran más de las doce y media de la noche, y le parecía que el general Nomura tardaba demasiado en llamar. Sí, ya era demasiado tiempo. En cuanto a la puerta… ¿quién podía querer visitarle a aquella hora de la noche? Esta súbita idea le alarmó. No eran horas de visitas, ciertamente. No, al menos, de visitas normales.

Decidió acudir a la puerta.

Pero, en el mismo instante en que se disponía a ponerse en pie, la mujer apareció en el saloncito, silenciosamente. Fukuo Tokoda quedó estupefacto, y paralizado por la inexistente explicación a dos preguntas que se cruzaron en su mente: ¿quién era aquella mujer pelirroja y cómo había entrado?

Al mismo tiempo, vio la pistola en la mano de la mujer, y su gesto se endureció.

—Comandante Tokoda —dijo ella rápidamente—: el general Nomura ha sido asesinado en el superexpreso de Tokaido, y el almirante Yamashita y los otros cuatro caballeros han sido víctimas de un atentado asimismo mortal cerca del *ryokan* Ikebana. Ahora, póngase la chaqueta y salgamos de aquí, o llegarán a matarle a

usted.

Fukuo Tokoda se puso lentamente en pie. Era, en efecto, un hombre muy atractivo, de frente despejada y facciones nobles y hermosas. Y enérgicas.

—¿Quién es usted? —preguntó secamente.

—Hablaremos por el camino —dijo la pelirroja, acercándose—. Por favor, dese prisa.

—No corra tanto —susurró Tokoda, que estaba lívido—… Voy a llamar ahora mismo a Kyoto, y según lo que…

—Eso es perder el tiempo. Le ruego que me crea.

—No tengo por qué hacerlo —Tokoda señaló el teléfono—: voy a llamar.

La pelirroja se acercó más a él, movió la cabeza, y dijo, amablemente:

—Créame que lo siento, comandante.

El gesto interrogante de Tokoda se transformó en la más genuina expresión de dolor cuando el pie derecho de la visitante se hundió en certero y tremendo impacto entre sus ingles. Por un instante de residual consciencia, Tokoda tuvo la sensación de que sus testículos acababan de ser aplastados. Inmediatamente, desde allí, la oleada de dolor insoportable se extendió por todo su cuerpo, produciéndole el desvanecimiento.

La pelirroja se quedó mirando con disgusto al hombre tendido a sus pies, hecho un ovillo, metió la mano en el escote, dejando allí la pistolita y retirándola con el paquete de cigarrillos americanos.

—Fedor —llamó.

—Sí, sí.

—Envía a dos compañeros a recoger a Tokoda. Los demás, seguid vigilando: no quiero más contratiempos.

* * *

Finalmente, el vehículo se detuvo. Fukuo Tokoda, que hacía ya mucho rato que había recobrado el conocimiento, se preguntó qué iba a ocurrir ahora. Sabía que estaba dentro del maletero de un coche, atado y amordazado sólidamente, y que le dolían horriblemente los testículos. Eso, y que había sido golpeado por la mujer de raza blanca, era todo lo que sabía.

Y que el general Nomura había muerto. Y los otros… ¿Le había dicho la verdad aquella mujer, sin embargo? ¿O todo había sido un truco para confiarlo y poder capturarlo vivo?

La tapa del maletero se alzó. Fuertes manos asieron a Fukuo Tokoda, lo sacaron del maletero, y lo llevaron en volandas hacia una pequeña casa sobre la cual la Luna parecía flotar, lívida y resplandeciente. Con la cabeza colgando hacia un lado, Tokoda miró hacia atrás. Distinguió la silueta de la mujer, y los dos automóviles, y otros hombres. Algunas palabras llegaron fraccionadas a oídos del japonés, cuyo gesto se ensombreció todavía más: aquellos hombres y la mujer estaban hablando en ruso.

Fukuo Tokoda sintió como un calambre de miedo en todo el cuerpo. ¡Los rusos! Si se lo proponían (y se lo iban a proponer, naturalmente) le obligarían a decirlo todo, sabía que le harían decir la verdad, toda la verdad. Y cuando los rusos supieran toda la verdad… ¿qué harían con él?

El calambre de miedo se convirtió en una parálisis de espanto. Se sentía como de corcho. Si los rusos se enteraban de la verdad lo harían pedazos, lo… lo machacarían, lo destrozarían del modo más brutal que se les ocurriese…

Cuando fue echado sobre un sofá viejo y polvoriento, el comandante Tokoda era presa del más puro miedo. Los dos hombres que lo habían transportado le quitaron la mordaza. La mujer pelirroja entró en la grotesca sala de estar, donde con adornos japoneses viejos y deteriorados se mezclaban muestras del mobiliario occidental. No tenía ni idea dónde se encontraba, pero esto no tenía la menor importancia… Ninguna importancia.

—Desatadlo —dijo la mujer, en ruso.

Tokoda quedó libre de pies y manos. Se sentó bien en el sofá, y se frotó las muñecas y los tobillos. Desde las ingles, el dolor ascendía todavía en oleadas lentas de cuando en cuando.

—Usted me obligó —dijo la mujer, ahora en inglés—. Yo le estaba diciendo la verdad, y usted no quería creerme: no teníamos tiempo, comandante Tokoda.

—Usted es rusa —jadeó Tokoda.

—En efecto —asintió ella—. ¿Eso le causa especial preocupación, quizá?

—Yo diría que sí —comentó uno de los rusos, el más alto, de

ojos verdosos—. Ya te dije que sea lo que sea lo que están tramando no podía ser bueno para Rusia.

Acto seguido sobrevino el silencio.

Fukuo Tokoda no era cobarde, ni mucho menos, pero tampoco era un iluso. Sabía que en cuanto comenzaran a proponérselo en serio se lo harían decir todo. En realidad, sus alternativas eran sólo dos, y muy sencillas: o decirlo todo sin dolor, o decirlo cuando ya su cuerpo estuviese roto y sumido en atroces dolores.

La pelirroja acercó una desvencijada silla, se sentó frente a él, y le ofreció cigarrillos. Tokoda negó con la cabeza. Ella encendió uno, y acto seguido, sin prisas, sin pausas y con orden, comenzó a exponerle la situación hasta donde ella sabía.

Cuando terminó, preguntó:

—¿Me ha entendido bien, comandante?

—Sí.

—Lo celebro. Ahora, esperamos de usted que nos informe sobre sus relaciones con el chino Kio Feng, de Hong Kong…

—No conozco a ningún chino llamado así.

Fedor Kevichian dio un paso hacia él, demudado el rostro por la ira.

—Maldito seas, te voy a…

—Calma, Fedor —le interrumpió la pelirroja—. Mire, comandante, nosotros sabemos que usted ha estado teniendo contactos con Kio Feng no sólo en Hong Kong, sino también en Tokio. Sabemos, incluso, dónde podemos encontrar a Kio Feng en Kong. Compañeros nuestros lo están vigilando allí. Sabemos en qué calleja vive, conocemos la ubicación exacta de su apartamento, incluso sabemos su número de teléfono… Kio Feng está copado, ¿lo entiende? Sin embargo, antes de dedicarnos a él preferiríamos saber a qué atenernos, y darle cuerda larga para ver hasta dónde nos lleva. Todo esto no podríamos hacerlo sin la información de usted. Sin esa información tendríamos que contactar directamente con Kio Feng, y eso podría estropearlo todo.

—¿Todo? ¿Por qué? Quizás él sepa más cosas que yo.

—Quizás. Pero usted es militar, y Kio Feng es espía.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Es muy simple. Un militar clásico, sea o no sea japonés, reacciona de modo muy diferente a un espía. Tienen… códigos

vitales diferentes. Los militares puros, como creemos es usted, son más directos y, sin ánimo de ofenderle, más ingenuos. Por tanto, nosotros preferimos inicialmente la información de un militar a la de un sinuoso espía chino… ¿Me ha comprendido ahora?

—Sí… Sí, la he comprendido.

—Muy bien. ¿Sigue negando que conoce a Kio Feng?

—No… No lo niego.

—Empezamos a entendernos —sonrió la pelirroja—. Usted es el intermediario del general Nomura. Y Kio Feng es el intermediario del Lien Lo Pou, ¿no es así?

—Tengo… tengo que ir a orinar —jadeó Tokoda.

La pelirroja ladeó la cabeza, y se quedó mirándolo. Llevaba lentes, y tras los cristales, Tokoda veía los ojos verdes, grandes e insólitamente hermosos considerando el resto del aspecto de la mujer. Insólitamente hermosos… e insólitamente inteligentes. Tokoda sintió un escalofrío.

—Muy bien —dijo ella, suavemente—. Dos de mis compañeros le van a acompañar.

Hizo un gesto, y dos de los rusos se acercaron a Tokoda y lo tomaron por los brazos. La pelirroja tiró el cigarrillo a un lado, sin dejar de mirar a Tokoda. Éste desvió la mirada. Comenzó a caminar, siempre sujeto por los dos rusos, convencidos éstos de que el tiempo que Tokoda había permanecido atado por los tobillos había dificultado considerablemente la circulación sanguínea.

Pero se equivocaban.

De pronto, Fukuo Tokoda alzó enérgicamente el antebrazo derecho, y su puño cerrado impacto en fortísimo *tet-sui* bajo la nariz del ruso que tenía en ese lado. El ruso lanzó una exclamación de dolor incontenible al recibir el perverso golpe de apariencia inofensiva, soltó el brazo de Tokoda, y se llevó las manos a la cara. Tokoda utilizó la mano derecha ahora para golpear en pleno estómago al ruso que tenía a su izquierda…

—No lo matéis —dijo serenamente la pelirroja.

Dos rusos se abalanzaron hacia Tokoda, que metía la mano bajo la chaqueta del hombre al que acababa de golpear. Recibió un espantoso golpe en los riñones que lo derribó de rodillas, pero ya tenía en la mano la pistola del ruso… Vio venir el pie que pretendía golpearle en aquella mano para hacer saltar la pistola, y se tiró

velozmente de lado, rodó por el suelo, se puso en pie de un salto, y se colocó la boca de la pistola bajo la barbilla.

El estampido sonó ahogado. La bala salió por lo alto de la cabeza, llevándose buena parte de masa encefálica envuelta en cabellos, todo ello rodeado de un horrendo surtidor de sangre. Fukuo Tokoda saltó por la violencia del impacto, cayó de pie, sus piernas se doblaron como si fuesen de trapo, y rodó por el suelo.

Los rusos se quedaron mirándolo horrorizados.

Luego, todos miraron a la pelirroja, que movió la cabeza.

—Cambian los tiempos y los métodos —susurró ella—, pero no las actitudes. Y ciertamente, para hacerse el harakiri es más rápida e indolora una pistola que un sable.

—Esto es espantoso —jadeó Vladimir.

—Estaba demasiado asustado. No se ha matado, como los antiguos nobles japoneses, por un asunto de honor, sino por miedo al dolor que le esperaba. Lo que están tramando debe de ser muy malo para Rusia, camarada.

—Pero ¿qué es? —exclamó otro ruso—. ¡Tenemos que saberlo cuanto antes, Galina!

Ésta se puso en pie, mirando a Fedor Kevichian.

—Tengo un amigo que me ayudará a salir de Japón utilizando determinado pasaporte —murmuró—. Tú y yo nos encontraremos en Hong Kong dentro de dos días. Pero no avises a nadie de que vamos hacia allá, quiero que todo siga igual que hasta ahora.

—¿Y si Kio Feng intentase pasar a China, alarmado por no tener noticias de aquí, y sobre todo avisado por el Lien Lo Pou de todo lo que ha ocurrido en Japón?

—Es un riesgo que tenemos que correr.

—¡Pero si él escapa habremos perdido completamente la pista de este asunto!

—No escapará. El Lien Lo Pon no se lo permitirá.

Fedor Kevichian y sus camaradas quedaron estupefactos.

—¿El Lien Lo Pou? —exclamó por fin Kevichian—. ¡Pero si Kio Feng está trabajando para ellos! ¡Lo que harán será ayudarle a escapar, no impedírselo!

—Camarada Fedor —sonrió Galina Cherkova—, estoy segura de que dentro de dos días, cuando nos encontremos en Hong Kong, ya habrás comprendido lo que he querido decir: el Lien Lo Pou no

permitirá que Kio Feng pase a China, sino que lo retendrán en Hong Kong. Me llevo uno de los coches, que dejaré a vuestra disposición en el aeropuerto de Tokio. Bien, es una lástima, pero me he perdido el Festival Gion Matsuri de Kyoto… Quizás otro año.

Cuando la camarada Galina Cherkova se alejaba de allí en uno de los coches pensó que, lamentablemente, tampoco podría dedicar tiempo a visitar a su respetado y querido amigo Sensei Inomura.

Pero, ciertamente, el espionaje tiene sus exigencias, muy diferentes a las de los viajes por placer.

De modo que tendría que salir cuanto antes hacia Hong Kong.

* * *

El encuentro se produjo cincuenta y ocho horas más tarde, a pleno sol, en el Jardín Botánico de Hong Kong, muy cerca de donde Fedor Kevichian se había apeado del taxi, en Albany Road, que dividía en dos los jardines.

Sin embargo, el ruso no tenía ninguna duda respecto al lugar de la cita. Había quedado muy claramente establecido con Baby poco antes, aquella misma mañana, cuando ella le llamó por la radio que le entregara días atrás en Nápoles, y que mantenían ambos en la misma honda.

Junto a unos hermosos macizos de rosas chinas blancas, el espía ruso encontró a la espía americana. Él no había cambiado en nada absolutamente. Ella era ahora una muchacha morena, esbelta, preciosa, de grandes ojos negros. Pero Fedor Kevichian ya no se sorprendía de nada que pudiera provenir de la espía americana.

Incluso había comprendido lo que ella había querido decir al asegurar que el Lien Lo Pou impediría a Kio Feng escapar a China. En realidad, era «sencillo»: simplemente, el Lien Lo Pou había decidido utilizar e incluso sacrificar a Kio Feng si era necesario, dejándolo anclado en Hong Kong, a disposición del espionaje ruso. ¿Por qué? Pues porque el Lien Lo Pou quería cazar a algún ruso que pudiera informarlos de lo que sabía la MVD sobre los planes que habían sido puestos en marcha utilizando inicialmente al general Nomura. Y ello porque, según lo que supiera la MVD, el Lien Lo Pou, o China concretamente, tendría que alterar o suspender los planes. Así que los chinos, antes de seguir adelante, tenían que

saber qué sabían los rusos.

Maquiavélico.

Pero todavía más maquiavélica había demostrado ser Baby al comprender que así sucederían las cosas. Y lo había comprendido en el acto, sin ningún esfuerzo. Y había acertado, desde luego, porque Kevichian, apenas llegar la noche anterior a Hong Kong había preguntado a sus camaradas si Kio Feng continuaba en Hong Kong y en el mismo sitio. La respuesta fue afirmativa, y así, una vez más, Fedor Kevichian se convenció de que si alguien merecía reinar en el mundo del espionaje era la agente Baby de la CIA.

La cual, frente al macizo de blancas rosas, se volvió, sonrió a Kevichian, y, cuando éste se detuvo junto a ella, comentó:

—¿No son realmente unas rosas hermosas, Fedor?

—Menos que usted —sonrió el ruso.

—Gracias. Es una lástima, que no esté permitido cortar ninguna.

—Si lo desea, cortaré una para usted. ¿Qué pueden hacerme por ello? ¿Ponerme una multa?

—No se trata de eso —negó la bellísima muchacha morena de negros ojos—. Simplemente, no son nuestras, sino de todos los que quieran venir aquí a alegrar sus ojos. Además, cortar una rosa es matarla.

—Nosotros estamos acostumbrados a matar.

—Acostumbrados no me parece hoy día la palabra exacta, al menos en lo que a mí respecta —murmuró Baby—… Yo diría más bien… resignados.

—Me parece que tiene razón —asintió Kevichian—. Bueno, supongo que ya sabe que, en efecto, Kio Feng permanece en Hong Kong.

—No, no lo sabía. Aunque era lo lógico, ¿verdad? —rió la divina espía.

—Sí, ya lo comprendí, por fin. ¿Dice que no sabía usted que Kio Feng continúa en Hong Kong? ¿No se lo han dicho sus Simones?

—No he recurrido a mis Simones, Fedor. Le estaba esperando a usted para empezar a trabajar.

—¿De verdad no ha recurrido usted a la CIA? —insistió incrédulamente Kevichian.

—¿Por qué tenía que molestar a mis compañeros, si tengo a toda la MVD a mi disposición?

—Buena respuesta. —Kevichian no sabía si reír o enfadarse—. No es una situación corriente, ¿verdad?: la MVD a disposición de la agente Baby.

—Tampoco es corriente que la MVD pueda contar con la colaboración de Baby. Bien, de modo que Kio Feng sigue en Hong Kong. ¿Le han dicho a qué se dedica, qué hace, a quién ha visto…?

—Permanece en su apartamento, como una fiera enjaulada.

—Ese pobre hombre ha comprendido también la jugada del Lien Lo Pou —movió la cabeza Baby—, y sabe que es el cebo para la MVD, y posiblemente la CIA, quizás el servicio secreto japonés, posiblemente el británico… ¡y quién sabe cuántos más! No debe de estar pasándolo muy bien.

—Si yo estuviese en su lugar creo que estaría muerto de miedo —masculló Kevichian—. Pero esos chinos son muy raros.

—En absoluto. Son como nosotros. Bueno, habrá que ir a hablar con Kio Feng.

—Su sentido del humor me fascina —masculló Kevichian—. Los dos sabemos que en cuanto aparezcamos cerca del apartamento de Feng caerá sobre nosotros un enjambre de agentes del Lien Lo Pou. En cuanto a hablar con Kio Feng por teléfono, no vale la pena ni pensar en ello.

—Supongo —deslizó como distraída la bella morena— que los chinos saben perfectamente que el comandante Tokoda desapareció.

—¡Claro que deben de saberlo! Se lo birlamos limpiamente, y ahora está muerto, eso es todo.

—Pero los chinos no saben que Tokoda murió.

—Ah, no, eso no lo saben, por supuesto.

—Me pregunto si se opondrían a que el comandante Fukuo Tokoda, reapareciendo milagrosamente en Hong Kong, visitase a Kio Feng.

Fedor Kevichian creyó haber oído mal.

—¿Visitar Tokoda a Feng? ¿Y cómo, si está muerto?

—Pero los chinos no lo saben —dijo de nuevo Baby, mirando con simpática malicia a Kevichian.

Éste frunció el ceño. Estaba claro que Baby le decía algo que él no conseguía entender. Mas de pronto, lo comprendió. Quedó inmóvil, pálido.

—Está usted bromeando —tartamudeó.

—Claro que no —rió ella—. Lo dicho: esta noche, el comandante Fukuo Tokoda visitará a Kio Feng.

# Capítulo VII

Sentados en sendas sillas junto a la ventana de la habitación que permanecía a oscuras, los dos chinos vieron aparecer al esbelto hombre vestido con un traje blanco de corte occidental que llevaba una pequeña maleta en la mano izquierda. Apareció a pie, caminando decididamente, directo hacia la entrada del callejón que veían perfectamente desde su puesto de vigilancia.

Apenas hacía dos segundos que habían visto al hombre cuando sonó la llamada en la pequeña radio que tenían junto a ellos. Uno de los chinos contestó en el acto.

—¿Sí, qué pasa?

—¿Lo habéis visto? El hombre del traje blanco.

—Claro. Acaba de aparecer. Pero no lo vemos muy bien.

—Nosotros lo hemos visto muy bien hace unos segundos. Es un japonés: Fukuo Tokoda, el comandante ayudante del general Nomura.

—¿No había desaparecido?

—Desde luego. Pero ha conseguido llegar a Hong Kong, ahí lo tenemos.

—¿Qué hacemos? ¿Lo cazamos?

—De ninguna manera. Tokoda está en apuros, naturalmente, y ha venido a Hong Kong a pedirle ayuda a Kio Feng. Vamos a dejarles que hablen. Oficialmente, Kio Feng sigue siendo nuestro amigo y colaborador, así que él sabe que tiene que avisarnos de la visita de Tokoda y de lo que hable con éste. Dejemos, pues, que Tokoda se explaye con Kio Feng, y cuando salga lo cazaremos. Estad atentos.

—De acuerdo.

El chino cerró la radio. No había dejado de mirar hacia el esbelto japonés vestido de blanco, hasta que éste desapareció por la entrada de la callejuela. El otro chino miró su reloj.

—A ver cuánto rato están hablando.

—Ya debe de haber llegado al portal…

En efecto, el esbelto personaje vestido de blanco había llegado al portal del viejo y casi maloliente edificio donde Kio Feng tenía lo que podía llamarse apartamento con benevolencia. Entró en el portal, y se dirigió resueltamente hacia las escaleras. El edificio sólo tenía dos pisos, y Kio Feng vivía en el segundo. En éste había tres puertas, pero el visitante no vaciló. Se colocó ante una de ellas y llamó con tos nudillos.

Casi al instante, tras la madera sonó la voz preguntando:

—¿Quién es?

—Fukuo Tokoda —susurró el visitante, en la juntura de la puerta.

Ésta se abrió. Una mortecina luz dio de lleno en el rostro del visitante, que sonrió al ver la rizada cabellera de Kio Feng, el cual, a su vez, miraba estupefacto aquel rostro japonés…, que no era exactamente el de Fukuo Tokoda. Se parecía, pero no lo era, y Kio Feng lo sabía muy bien, pues se había entrevistado varias veces con el verdadero Tokoda.

Así que, lanzando una exclamación de sobresalto, se dispuso a cerrar rápidamente la puerta…

En ese mismo instante recibió el puntapié en el estómago, que lo dobló sobre sí mismo. Un empujón en la frente lo derribó de espaldas en el suelo. Cuando se sentó, y todavía con la mirada turbia por el dolor, vio de nuevo al falso Tokoda; éste había cerrado la puerta del apartamento, y, de pie ante él, con una maleta en la mano izquierda y una pequeña pistola en la derecha, lo miraba con expresión socarrona.

—¿Es usted homosexual, Kio Feng? —preguntó.

—¿Quién es usted? —jadeó el chino.

—Me gusta su permanente. Pero no me gusta usted…, y no porque sea o no sea homosexual, sino porque está trabajando para el Lien Lo Pou en algo que sospecho debe de ser muy importante. Y muy peligroso para Rusia. ¿Cierto?

—¿Es usted ruso? —Respingó ahora Kio Feng.

—A decir verdad, ya no sé lo que soy —sonrió Tokoda—. He sido demasiadas cosas en este asunto. Pero, para simplificar nuestras relaciones, digamos que sí, que soy rusa.

—¿Rusa?

—Rusa, no ruso. Soy una mujer. Joven, hermosa, de facciones nobles e inteligentes… Me parece que he engañado a un montón de agentes del Lien Lo Pou con mi personalidad de Fukuo Tokoda. Pero con usted quiero que hablemos claro, rápido y sinceramente. Vaya a sentarse a esa silla, y ponga las manos sobre la mesa…

Kio Feng miraba incrédulamente a su visitante. Para él, era un japonés. No Tokoda, pero parecidísimo a éste, y, desde luego, un japonés. Sólo ahora, mirando el pecho del falso Tokoda percibió un leve abultamiento bien disimulado.

Aspiró hondo, se puso en pie, y fue a sentarse en la silla indicada, colocando las manos sobre la mesa. Fukuo Tokoda dejó la maleta sobre una silla, y se colocó frente a Feng, al otro lado de la mesa.

—¿Qué están tramando los chinos contra Rusia utilizando altas personalidades japonesas? —preguntó clara y directamente.

—No lo sé.

—No sea estúpido. Sabemos que usted se ha estado entrevistando con el comandante Tokoda, tanto aquí como en Tokio. ¿Pretende hacerme creer que habla con él cosas de las que no sabía nada? Eso es una idiotez.

—Piense lo que quiera, pero no sé de qué va el asunto.

—Volvamos a empezar —dijo pacientemente Tokoda—… ¿De qué hablaban usted y el comandante Tokoda?

—No se lo voy a decir.

El falso japonés ladeó la cabeza, estuvo unos segundos mirando perversamente a Kio Feng, y, de pronto, sonrió. Se apartó de la mesa, acercándose a la silla en la que había dejado la maleta. Dejó la pistola en otra silla, abrió la maleta, y comenzó a sacar prendas de vestir femeninas. Kio Feng miraba en silencio, desconcertado.

El falso Tokoda comenzó a desvestirse. En pocos segundos el espléndido cuerpo de una mujer apareció ante la atónita mirada del chino, completamente desnudo, excepto una faja que oprimía su pecho. Al retirarla, los hermosos senos de color dorado aparecieron, pujantes, sólidos. Kio Feng no conseguía reaccionar. La mujer se quitó la peluca de lacios cabellos negros bien recortados, dejando al descubierto un negro casquete de nylon que apretaba su cabeza. Lo retiró, y una reluciente mata de largos cabellos negros brotó como

una cascada resplandeciente hacia su espalda.

La mujer comenzó a ponerse la ropa que había sacado de la maleta. Cuando terminó, Kio Feng contemplaba una mujer vestida con viejas ropas de campesina china, atuendo que completó con unas sandalias de madera. Recogió el cabello en un moño, y se colocó un pañuelo en la cabeza. Metió en la maleta la ropa de Fukuo Tokoda, la cerró, la asió, y, recuperando la pistola, se dirigió hacia la puerta.

Se volvió desde allí.

—Adiós, Kio Feng —dijo—. Feliz muerte.

—¿Va a matarme? —exclamó ahogadamente Feng.

—Yo no. Los del Lien Lo Pou, cuando sepan que usted los ha traicionado.

—¡Yo no he traicionado a nadie!

—No, pero no podrá convencerlos de eso. Me han visto llegar, naturalmente. Y me verán salir, pero no moverán un dedo contra una pobre mujer china que caminará encorvada como una anciana. Cuando se cansen de esperar vendrán a preguntarle dónde está Fukuo Tokoda, y qué han hablado ustedes dos. ¿Qué les dirá?

—¡Les diré la verdad!

—Es usted un ingenuo idiota. Yo me encargaré de que crean que los ha traicionado. Adiós. Y repito: feliz muerte. Aunque… dudo que tenga usted una muerte dulce en manos de los muchachos del Lien Lo Pou.

Kio Feng estaba lívido. Parecía un muerto. La idea de que el Lien Lo Pou se encargase de él llevó estremecimientos de frío a todo su cuerpo.

—¡No puede hacerme esto! —gimió.

—Puedo hacerlo. Pero también puedo ayudarle a salir de aquí con vida y proporcionarle los medios para terminar sus días en un lugar tranquilo. Llevo en la maleta un disfraz para usted que engañará a los del Lien Lo Pou. Pero si prefiere quedarse es cosa suya.

Kio Feng se estremeció de nuevo. Aspiró hondo.

—Está bien —susurró—… Iré con usted, y le diré lo que sé cuando esté a salvo.

—Nada de eso —negó secamente Baby—. Lo que tenga que decirme me lo va a decir ahora, o no hay trato.

—¿Por qué he de confiar en usted?

—Pues no confíe —encogió los hombros la espía americana—. Es usted un imbécil total, Kio Feng. No vale la pena perder el tiempo con usted…

—Espere… ¡Espere! ¿Qué es lo que quiere saber?

—Ya se lo pregunté antes. ¿De qué hablaban usted y el comandante Tokoda?

Kio Feng se pasó la lengua por los labios.

—De la formación del nuevo Gobierno japonés para dentro de cinco años.

Baby dejó la maleta en el suelo, y se acercó de nuevo al chino. Su rostro era inexpresivo.

—¿Qué quiere decir con eso de un nuevo Gobierno? En todos los países los gobiernos se van renovando… ¿Qué tiene de extraordinario que dentro de cinco años haya un nuevo Gobierno japonés?

—Sería un Gobierno adicto absolutamente a Pekín.

Baby acercó una silla, y se sentó, sin perder de vista a Kio Feng.

—Según entiendo, el Lien Lo Pou está… reclutando personalidades importantes actuales con las que dentro de cinco años formar un Gobierno japonés. Gente que ahora son importantes, pero no demasiado, ¿verdad?

—No… No demasiado, por el momento.

—Sin embargo, dentro de cinco años sí serían todos gente muy importante, gracias a la ayuda disimulada de China. Digamos que dentro de cinco años un grupo más o menos numeroso de japoneses, promocionado por Pekín, estaría ocupando todos los puestos decisorios en la política y la economía japonesas. Prácticamente, sería como si en Japón las órdenes las dictase Pekín. ¿Se trata de eso?

—Exactamente. El Lien Lo Pou lleva tiempo trabajando en esto, buscando descontentos y ofreciéndoles un futuro grandioso a cambio de, en su día, obedecer a Pekín. El general Nomura, y otros como él, aceptaron, y cada uno de ellos fue formando a su vez un grupo adicto bajo sus órdenes.

—Lo que significa que el general Nombra y los cinco japoneses que fueron eliminados en Kyoto disponían a su vez de un grupo a sus órdenes para ir escalando puestos importantes en Japón. Y todos

ellos esperaban ocupar altos cargos dentro de cinco años. ¿Qué pretende exactamente China con esto?

—Eso no lo sé. Pero es fácil de comprender, ¿no?: gobernar secretamente en Japón.

—En sí mismo, esto me parecería más que suficiente para que China realizase esa jugada. Pero el principal colaborador era el general Nomura, y no creo que fuese elegido por casualidad. Creo que fue elegido por sus tendencias belicistas. Nomura era un hombre-guerra, como yo los llamo. No piensan en otra cosa. ¿Fue elegido como principal colaborador por esas tendencias?

—Le digo que no lo sé.

—¿Cuántos japoneses actualmente importantes calcula usted que están metidos en esto? Me refiero a los jefes de grupo y a sus colaboradores.

—Exactamente no lo sé, pero creo que en la actualidad son unos ciento cincuenta.

—¿Conoce sus nombres, tiene alguna lista?

—Yo no. Fukuo Tokoda me entregaba periódicamente sobres lacrados, que nunca abrí.

—¿Los entregaba a alguien por encima de usted?

Kio Feng estaba a cada instante más nervioso. Empezaba a arrepentirse de haber comenzado a hablar. Pero, en el fondo, no había pensado que aquella mujer estuviese capacitada para llevar el interrogatorio tan a fondo, sistemática y completamente. Había creído que podría conformarla con pequeñas informaciones y luego engañarla, escapar de ella, quizás incluso matarla… Se había equivocado.

—Sí —masculló—, los entregaba a alguien.

—¿A quién?

—No lo sé… ¡No lo sé!

—¿No sabe a quién entregaba los sobres con listas de traidores japoneses? Vamos, Feng, no sea absurdo.

—¡Los enviaba por correo!

Inmediatamente se dio cuenta de que acababa de cometer otro error, y comenzó a sentir el sudor de la angustia en todo el cuerpo.

La mujer con cara de japonés le miraba sonriendo fríamente.

—Si los enviaba por correo debía de anotar en los sobres el nombre y la dirección del destinatario, ¿no? —deslizó ella—. ¿Qué

nombre, qué dirección?

—No lo recuerdo… ¡Es verdad, no lo recuerdo!

—Pues es usted el espía con más mala memoria que he conocido. Vamos, Feng: ¿qué nombre, qué dirección?

Kio Feng alzó la mano izquierda hacia el rostro, y casi al mismo tiempo movía la derecha al parecer con la misma intención… Pero, mientras la mano izquierda, en efecto, llegaba al sudoroso rostro, la derecha giró, asió el borde de la mesa, y la alzó fuertemente, empujándola contra Baby, que saltó hacia atrás, esquivando el golpe. Tras la mesa, descompuesto el rostro por la desesperación y el miedo, llegó Kio Feng, que había sacado velozmente una navaja de la manga izquierda. Se oyó el chasquido, apareció la hoja, y un relámpago de acero fue hacia el pecho de Baby, que saltó de nuevo hacia atrás, tropezó con una silla, perdió el equilibrio, y cayó sentada…, pero sin dejar de mirar a Kio Feng, que saltaba de nuevo hacia ella, alzando el brazo derecho, dispuesto a lanzarle la navaja al pecho.

Plof, chascó la pistolita de Brigitte Baby Montfort, casi al mismo tiempo que ésta giraba hacia su izquierda.

La bala se hundió en el ojo derecho de Kio Feng y se alojó en el cerebro, mientras la navaja lanzada por éste se clavaba en el mugriento piso de madera. La cabeza de Kio Feng osciló hacia atrás, pero brevemente, porque el impulso del cuerpo del chino al lanzar la navaja era hacia delante. Y el peso del cuerpo venció. El chino rodó por el suelo como en una voltereta, que terminó suavemente.

Baby se puso en pie, y se quedó mirando con gran disgusto el cadáver de Kio Feng. Su intención había sido herirle en el hombro derecho, pero el movimiento de Feng hacia adelante y lateral al lanzar la navaja lo había estropeado todo. Y ahora, Kio Feng yacía de espaldas, con su ojo sano como vitrificado. Sorprendentemente, un delgado hilo de sangre comenzó a aparecer por una de sus orejas.

Chascando la lengua con sonido de disgusto, Baby abrió de nuevo la pequeña maleta, tras colocarla sobre otra silla. De la maleta sacó su maletín rojo con florecillas azules estampadas, y le puso la funda de raso negro. Luego, sacó la radio.

—¿Fedor?

—Sí. ¿Todo va bien?

—Todo va mal. He tenido que matar a Kio Feng. Es decir, se ha matado él mismo.

—Sea como sea, hemos perdido definitivamente la pista.

—Todavía no. ¿Han localizado a muchos chinos del Lien Lo Pou por aquí?

—Es usted fantástica —gruñó Fedor Kevichian—. Estamos en Hong Kong, donde el ochenta por ciento de la población es china, y me pregunta si he localizado algunos chinos del Lien Lo Pou. Bueno creo que a dos. No estoy seguro, pero pueden ser agentes de Pekín. Están en un coche, cerca de ahí, y nos ha parecido que utilizan radios de bolsillo. ¿Quiere que los cacemos?

—¡De ninguna manera! Si no saben lo que yo necesito saber no vale la pena ni acercarse a ellos. Y si lo saben, tal vez se las arreglasen para morir sin decírnoslo.

Hubo unos segundos de silencio por parte de Kevichian hasta que el ruso murmuró:

—Empiezo a conocerla bastante bien… ¿Se le ha ocurrido alguna otra idea?

—Casi descabellada, pero sí. ¿Dónde está exactamente ese coche con los dos chinos?

—En Wanchai Road, cerca de la línea del ferrocarril. Es un coche oscuro, parece azul, matrícula de Hong Kong 3689 XC.

—Magnífico. Le volveré a llamar en cuanto me sea posible. Mientras tanto, pase la orden de retirada general.

—¿Qué va a hacer usted?

—Fedor, no quiero un solo ruso en media milla a la redonda de este lugar.

—Muy bien. ¿Algo más?

—No.

Cerró la radio, la guardo, y del maletín sacó un frasco que parecía, y era realmente, de crema facial. Pero no todo era crema facial. Con dos dedos sacó del fondo una pequeña carga explosiva envuelta en papel impermeabilizado. Era la última jugada subrepticia. Si fallaba no tendrían más remedio que dedicarse a cazar chinos hasta que uno de ellos les condujera hasta la persona o personas que habían estado dando instrucciones a Kio Feng y recibiendo los sobres que el comandante Tokoda traía de Tokio, con las listas de los japoneses traidores.

Dos minutos más tarde, una mujer encorvada, con un pañuelo en la cabeza, abandonaba el edificio en uno de cuyos apartamentos yacía muerto Kio Feng, colaborador del Lien Lo Pou. Caminaba con dificultad, baja la cabeza, como queriendo ver muy bien, en la mal iluminada calleja, dónde ponía los pies, calzados con sandalias de piso de madera. Cli-clac, cli-clac, sonaban sus pasos…

Tras la ventana, los dos chinos la vieron aparecer por la punta del callejón, pero su indiferencia fue total. Ni siquiera le dedicaron, un segundo de atención, y se habían olvidado completamente de ella cuando la mujer pasaba relativamente cerca, alejándose.

Quince segundos más tarde, se produjo la pequeña explosión, y en la entrada del callejón apareció un breve resplandor rojizo. Los dos chinos respingaron, y se pusieron en pie de un salto. Uno de ellos tomó rápidamente la radio.

—¡Wang! —gritó.

—¿Qué pasa?

—¡Una explosión en el callejón! ¡No sabemos de qué se trata, pero podría estar relacionada con Kio Feng!

—¿El japonés sigue con él?

—Hasta ahora, sí. ¿Qué hacemos? ¡Está apareciendo gente! ¡Dinos qué hacemos!

* * *

A unos ciento cincuenta metros de allí, dentro de un coche oscuro matrícula de Hong Kong 3689 XC, los dos hombres que escuchaban por su radio la conversación entre el llamado Wang y el otro, esperaron la decisión de Wang, que tardó apenas un par de segundos:

—Acudid todos a la zona, y rodeadla. Puede haber sido una jugada de Tokoda… ¡No quiero que escape!

Los dos chinos del coche se miraron, comprendieron que Wang ya había dicho todo lo que tenía que decir, y cerraron la radio.

—Ya lo has oído —dijo uno de ellos—. Eso va también por nosotros. Vamos allá.

—Quizá Wang prefiera que lo esperemos aquí con el coche…

—Ha dicho que acudamos todos a la zona, ¿no?

Salieron los dos del coche, y echaron a correr hacia la callejuela

donde había vivido Kio Feng.

# Capítulo VIII

Veinte minutos más tarde regresaron al coche, pero no sólo los dos, sino acompañados ahora por otro chino, alto y correctamente vestido a la europea, de facciones enérgicas y hoscas. Los dos chinos se colocaron en el asiento delantero, y si otro se acomodó en el de atrás, gruñendo:

—Vámonos.

—¿Adónde, Wang?

El jefe de grupo del Lien Lo Pou sintió como si una tenaza apretase su garganta. De buena gana habría dado la orden de ir al aeropuerto, para marcharse los tres cuanto antes de Hong Kong, al más oculto rincón del mundo. Pero sabía que era inútil. Y por otra parte, cabía la remota esperanza de que Hua Sung no se enfadase demasiado, que comprendiese que esas cosas pasan.

—¿Adónde vamos a ir, sino a ver al jefe? —Gruñó.

—Buda se apiade de nosotros —murmuró el conductor.

El automóvil partió. En el asiento de atrás, Wang encendió un cigarrillo.

—¡Maldita sea! —exclamó de pronto—. ¡Como los demás no cacen a ese japonés lo vamos a pasar mal nosotros! ¿Dónde demonios ha podido meterse?

—Estará escondido en cualquier patio. Lo encontrarán. Lo que no comprendo es lo de la explosión… Kio Feng estaba muerto de un balazo en un ojo, ¿no? ¿A qué viene esa explosión, y cómo la ha provocado?

—Debe de haberla provocado precisamente para atraernos a todos allá, esperando disponer así de vía libre. Pero ninguno de los nuestros lo ha visto… Lo que más me preocupa es que llegase preparado para hacer eso. No lo entiendo. Además, ¿por qué mató a Kio Feng? Lógicamente, fue a pedirle ayuda, y Kio Feng debió de convencerlo de que se la íbamos a prestar… ¿Por qué matarlo,

entonces? ¡No consigo entenderlo!

—Tal vez el jefe le encuentre una explicación a todo esto.

—Sí… Tal vez. Y luego, lo de los rusos… ¿No hay ninguno por aquí, no tenían a ninguno de los suyos vigilando a Kio Feng? ¡Eso no tiene sentido si lo relacionamos con lo sucedido en Japón! No entiendo lo que está pasando, todo iba bien hasta hace poco… ¡Y de pronto, las cosas se complican, y tenemos que matar nosotros mismos a Eiko Nomura en el tren y a los otros en el *ryokan* para evitar que los rusos los cacen vivos y les arranquen la información!

—Quizá por eso los rusos no han aparecido por aquí, porque les cortamos el camino al eliminar a Nomura y los otros.

—Nada de eso. Los rusos tienen que conocer la existencia de Kio Feng. Es absurdo que no lo tuviesen vigilado.

—El comandante Tokoda escapó antes de que los nuestros le visitaran en su apartamento… Quizás él tiene algo que ver con todo este embrollo.

—También los rusos tenían que conocer a Tokoda. Pero si lo hubiesen cazado ellos en Tokio, no lo habrían dejado suelto, así que Tokoda no habría podido aparecer esta noche en Tokio… ¡No lo entiendo, todo se ha desquiciado! ¡Y nos llevará años volver a encontrar gente cono el general Nomura y los otros!

—Si los demás cazan a Tokoda seguramente podremos entender las cosas, Wang.

—Esperemos que lo consigan. Pero por si no es así lo mejor es que Hua Sung sepa cuanto antes lo sucedido. Quizás él entienda algo… ¡Porque yo no entiendo nada!

Casi una hora más tarde, el coche salía del transbordador de la línea Vehicular *Ferry* que los había transportado desde Hong Kong a la península de Kowloon, en el distrito de Tshimshatsui, cerca de la Ocean Terminal. Durante el trayecto habían utilizado varias veces la radio para preguntar a sus compañeros si habían cazado a Tokoda o había alguna otra novedad, pero la única novedad era que habían acudido los bomberos y la policía. Ni rastro de Fukuo Tokoda. ¿Qué hacían?

La respuesta de Wang era siempre la misma: tenían que seguir allí hasta que Fukuo Tokoda apareciera. ¡Tenía que estar escondido allí, en alguna parte!

Kowloon fue quedando atrás, el coche continuaba tierra adentro

por el Territorio, siguiendo ahora la costa, pero sólo durante tres o cuatro minutos. Muy poco después de dejar Shatin atrás, el coche giró hacia el interior, y cinco minutos más tarde se detenía ante una casa de aspecto discreto y modesto. Por detrás de ellos se veían las luces de algunas embarcaciones surcando las aguas de Tolo Harbour. Más allá de la casa había plantaciones de arroz.

El primero en salir del coche fue Wang. Mala suerte. Lo único bueno en aquel asunto era que Hua Sung era demasiado inteligente para dejar de comprender que a veces los acontecimientos no pueden ser controlados.

—Lleva el coche al garaje, Tung. Tú ven conmigo, Shing.

Wang y Shing se encaminaron hacia la casa, en la que se veía luz. Tung condujo el coche hacia el garaje, un amplio cobertizo de madera que parecía un almacén. Dentro había otros dos coches. Dejó el que habían estado utilizando a la izquierda, se apeó, y salió del garaje, sin molestarse en cerrar la amplia puerta doble, que ya había encontrado abierta.

Dos minutos más tarde, la tapa del maletero del coche se alzó lentamente, sujeta por una esbelta y fuerte mano, y Baby saltó fuera del vehículo. Cerró lo más silenciosamente que pudo el maletero, se acercó a la puerta del garaje, y miró hacia la casa, que no era grande, ni mucho menos lujosa. Una casa vulgar y corriente en aquella zona poco conocida de la colonia británica de Hong Kong.

* * *

Dentro de la casa, en lo que podía definirse como sala de estar, estaba Hua Sung, vestido para salir, con un discretísimo traje oscuro, sentado en un sillón, perdida la mirada, pero escuchando atentamente las explicaciones de su subordinado Wang, explicaciones que eran apoyadas de cuando en cuando por Tung y Shing.

Hua Sung debía de tener unos cincuenta años, y era el chino menos llamativo del mundo. Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni elegante ni pordiosero, y, por supuesto, su vulgar aspecto ocultaba una de las más claras y astutas mentes del espionaje chino, hasta el punto de que el Lien Lo Pou había puesto a Hua Sung nada menos que al mando total de toda la zona de Hong Kong, siempre un

hervidero de espías de todas las nacionalidades.

Cuando la explicación terminó. Hua Sung todavía permaneció un par de minutos con la mirada perdida. Por fin, la dirigió directamente hacia Wang, que se pasó la lengua por los labios.

—Creo que todos hemos cometido algunos errores en esto —murmuró Hua Sung—. Incluso yo mismo, Wang.

Éste sintió que toda su tensión disminuía notablemente. El alivio que sintió fue indescriptible.

—¿Sí? —se sorprendió.

—Nos hemos olvidado de los americanos.

—No comprendo.

—Empiezo a temer que no debimos enviar aquellas fotografías a la CIA.

—¿Las del ruso matando al americano?

—Sí, ésas.

—A mí me pareció una buena idea tuya, Hua.

—También me lo pareció a mí en aquel momento, pero ahora temo que hice mal. La idea inicial era fotografiar a Tokoda con Kio Feng, para tener una prueba contra el japonés por si éste, o su jefe, el general Nomura, se nos ponían difíciles más adelante. Eran un buen elemento de presión, de chantaje, si hubiera llegado a hacer falta… Debimos limitarnos a eso.

—Pero tú dijiste que enviando esas fotografías a la CIA ésta se ocuparía exclusivamente del ruso, que sólo buscaría rusos en Hong Kong, y que eso los distraería de nuestras actividades. Además, la cosa estaba clara, las fotografías eran auténticas. Por fuerza la CIA debía ocuparse intensamente de ese asunto, perdiendo así atención a otras cosas.

—Sí, sí, ya sé todo eso. Además, la muerte del americano a manos del ruso fue muy oportuna, porque el americano, después de matar a los dos rusos, vigilaba a Kio Feng. Y me pregunto ahora si ese americano no había pasado ya algún informe a la CIA sobre Feng.

—Tú mismo dijiste que no era así, ¿recuerdas? Conocíamos bien al americano Orwells. Era un ambicioso, que en cuanto vio la oportunidad de hacer algo importante por su cuenta la aprovechó, matando a los dos rusos y siguiendo a Kio Feng sin informar a su jefe de Hong Kong. Todos nosotros comprendimos muy bien lo que

pretendía el americano Orwells al no informar a su jefe: conseguir un triunfo personal que lo aupara a puestos de mayor importancia dentro de la CIA. Fue un asesino y un ambicioso estúpido, y nosotros nos beneficiamos de ello.

—Sí, pero no debimos enviar las fotografías.

—¿Por qué no?

—No sé… Lo presiento. Todo esto que está sucediendo últimamente no encaja con el modo en que estábamos llevando el asunto. La cosa iba bien: el americano había matado a los dos rusos que vigilaban a Kio Feng, el ruso mató al americano, y nosotros habríamos eliminado a Kio Feng en el momento oportuno, tras la última entrevista con Fukuo Tokoda por estos días en Tokio… Pero algo ha pasado, y quizá sea por culpa de esas fotografías, que dieron lugar a la intervención de la CIA.

—Pero no hay rastro de la intervención de la CIA en esto —rechazó con insistencia Wang—. Además, la CIA tenía las fotografías, debía limitarse a localizar a ese ruso… Y suponiendo que lo hubieran encontrado, y hasta que el ruso hubiera dado explicaciones, para entonces Kio Feng habría sido ya eliminado, y habríamos tenido a la CIA ocupada…

—Sí, sí, ya sé todo eso, pero no sé… No entiendo qué ha podido ocurrir para que todo se complique tanto.

—Bueno, nosotros tampoco lo entendemos —masculló Wang.

—Sea como sea, el hecho cierto es que el plan se ha complicado bastante. Tanto, que tengo a uno de los principales jefes del servicio esperándome en Hong Kong.

—¿Ha venido uno de los jefes aquí? —Palideció Wang.

—Nada menos que Yiu Ken —Hua Sung miró su reloj de pulsera—… Tengo que estar en Hong Kong dentro de una hora, en el bar del Central Hotel, para explicarle por qué hemos tenido que hacer esa matanza en Japón. Y ahora, esto de Fukuo Tokoda, todo eso tan extraño…

—Por lo menos, Kio Feng está muerto, ya no podrá decir nada a nadie.

—Quizá lo dijo antes de morir.

Wang y los otros dos permanecieron en silencio. Hua Sung no les decía nada que no hubieran pensado, naturalmente, pero habían preferido quitar importancia al asunto. De un modo absurdo,

porque lo que a ellos se les ocurriese a Hua Sung se le tenía que ocurrir también, y con más detalle y perspectiva.

Hua Sung, que se había hundido de nuevo en meditaciones, murmuró de pronto:

—¿Seguro que la CIA no ha intervenido en esto en modo alguno?

—Seguro. Eso sí: seguro.

—Bien, tal vez mi idea de las fotografías fue buena, después de todo. Pero hay algo en los acontecimientos que me tiene demasiado preocupado para no tomar precauciones. De modo que voy a recoger todo lo que tengo en la caja, y se lo llevaré a Yiu Ken a su hotel. Ya he tenido demasiado tiempo en mi poder esas listas de japoneses… Lo mejor es que él se las lleve a Pekín.

—Con los japoneses que quedan se puede seguir adelante con el plan —buscó un consuelo Wang.

—No por el momento. Ninguno de ellos tiene la talla del general Nomura, o del almirante Yamashita, o de Keiji, Sato, Kawara… Proyectar hacia las altas cumbres del Gobierno japonés a los colaboradores de Nomura y Yamashita no es factible. Habrá que buscar nuevos líderes entre los japoneses que ya hoy son importantes, para que puedan estar al mando de Japón dentro de cuatro, cinco o seis años. Los casi doscientos colaboradores de que disponemos son sólo eso: colaboradores. Nunca serían aceptados por los japoneses como gobernantes directos.

—Bueno, pero sí podrán servir a los nuevos líderes que buscaremos, ¿no?

—Por supuesto. Unos por dinero y promesas, y otros por fanatismo. Los japoneses son, posiblemente, la raza más fanática del mundo. Y si no, ahí tenéis… o teníamos a Nomura y Yamashita. Estaban dispuestos a todo con tal de que, al mismo tiempo que China los ayudaba a escalar los más altos puestos de mando, fuese proporcionando armamento nuclear a Japón. Les gusta sentirse fuertes. Pero sobre todo les encantaba la idea de atacar a Rusia con sus armas atómicas, apoyados por nosotros… Entre Japón y China, habríamos arrasado Siberia dentro de cinco o seis años, y enseguida, la propia Rusia. Luego, mano a mano, China y Japón serían propietarios de más de la mitad de Asia. Media Siberia para China, media Siberia para Japón…

—Los japoneses están locos por tener tierra —rió Wang.

—Sí. Y media Siberia era algo que Nomura no pedía rechazar. Habría sido, con el tiempo, el gran hombre de toda la historia de Japón, el salvador de su raza, de su economía…, en fin, de todo, al proporcionar a su patria media Siberia: cultivos, riquezas, espacio para la expansión demográfica… ¡Viva el Emperador Nomura!

—Y abajo los rusos —rió de nuevo Wang.

—Los habríamos aniquilado completamente entre los dos —dijo gélidamente Hua Sung—… ¡Malditos sean los rusos, les habríamos aniquilado completamente, porque incluso Estados Unidos habría intervenido sin poder evitarlo en esa contienda de Japón y China contra Rusia! Y no pienso permitir que ese plan se malogre… ¡Seguiré trabajando en eso, haré lo que sea con tal de que llegue el día en que se produzca la aniquilación total de la maldita Rusia!

Los ojos de Hua Sung relucían de modo siniestro, como si hubiera en la mente del chino imágenes que le conmovían en lo más profundo de su ser. Wang y los otros dos lo contemplaban ahora en silencio, impresionados.

De pronto, Hua Sung miró su reloj de nuevo, y se puso en pie.

—Tengo que ir a ver a Yiu Ken, se me está haciendo tarde.

—¿Qué le dirás? ¿Que todo está saliendo mal?

—Claro que no. Le diré que estamos teniendo algunas dificultades que espero arreglar pronto. Ya pensaré algo en el camino… Pao está en la cocina. Id allá si queréis comer algo. Yo voy a recoger esas listas para llevárselas a Ken y me voy inmediatamente a Hong Kong.

—Puedes coger nuestro coche. Está caliente, y…

—Claro que no —gruñó Hua Sung—. Iré en el Toyota, que es el que siempre utilizo yo.

—¿Esperamos a que vuelvas o nos vamos después de comer algo?

—Esperadme. Según lo que hable con Yiu Ken tendré que modificar todas las disposiciones actuales. Aunque sea tarde, esperadme aquí.

Yang y los otros dos asintieron y se dirigieron hacia la cocina, donde estaba Pao, el único hombre que vivía en la casa con Hua Sung. Éste fue al pequeño despacho que era al mismo tiempo dormitorio ocasional, y abrió la caja fuerte que había empotrada en

el suelo, bajo el sucio catre.

De la caja comenzó a sacar documentos y un sobre que contenía las listas facilitadas por Eiko Nomura, pero reducidas a diminutos microfilmes. También había algunas copias de las fotografías que días atrás enviara a la CIA, y otras que mostraban a Tokoda y a Kio Feng juntos. Y no sólo a Tokoda, sino también a Nomura… Lástima que todo este material ya no valía nada, al haber muerto los dos japoneses.

Pero sí tenían valor, y mucho, las listas de casi doscientos japoneses que, los dirigiese o no Eiko Nomura, estarían siempre dispuestos a secundar la jugada de China.

Hua Sung lo recogió todo, lo metió en una vieja cartera de imitación de piel, ocultó la caja de nuevo, y salió del mísero despacho-dormitorio. Cuando cruzaba la sala le llegaron desde la cocina las voces de Wang, Pao y los otros dos. No se detuvo. Salió de la casa y fue hacia el garaje. Un minuto más tarde salía del cobertizo al volante del viejo Toyota, mezcla de *jeep* y de turismo, no muy limpio ni indicativo, precisamente, de que su propietario podía disponer de grandes sumas de dinero.

Enfilado ahora hacia la costa, Hua Sung veía de frente las luces de las embarcaciones de Tolo Harbour… Algún día, cuando llegase el momento, echarían de allí también a los ingleses. Pero para esto no había prisa, a China le iban bien las cosas tal como estaban; si existía la colonia británica de Hong Kong era simplemente porque le convenía a China, no a los británicos, eso lo sabía todo el mundo. Así que en cuanto a China le conviniera todo lo que tendrían que hacer sería darle la patada al culo a los…

—Pare a un lado del camino.

La voz sonó, en inglés, dentro del vehículo, con toda nitidez, muy cerca de la oreja izquierda de Hua Sung. Pero fue tal la sorpresa que éste experimentó que ni siquiera pudo reaccionar; su mente se negaba a admitir lo que sus oídos habían captado.

La fría boca de una pistola se apoyó tras la oreja derecha de Hua Sung.

—Le he dicho que pare a un lado del camino.

Mecánicamente, Hua Sung obedeció. Estaba aturdido. Pero reaccionó muy pronto, su mente se adaptó rápidamente a la inesperada situación. Miró por el retrovisor tras detener el coche,

pero no pudo ver nada, todo estaba oscuro tras él. De modo que la única información que poseía era que la voz que había sonado tras él procedía de una mujer. De súbito, Hua Sung tuvo la sensación de que su mente se desbloqueaba por completo, y todo se le apareció claro, perfectamente explicable y comprensible.

—¿Es usted Baby? —preguntó.

—Así es —le contestó la mujer desde atrás—. En efecto, cometió usted un error al enviar aquellas fotografías a Langley.

—¿Ha estado escuchando lo que hablaba con mis hombres? —jadeó Hua Sung.

—Prácticamente todo. Desde luego, lo suficiente para saber que lo único que me interesa en estos momentos es la cartera que hay en el asiento junto al suyo.

—No le servirá de nada… Aunque usted pase esas listas a los japoneses, y ellos eliminen a esos doscientos hombres, nosotros encontraremos otros más adelante. El plan seguirá su marcha.

—Lo dudo —replicó Baby—. Puede que los japoneses sean fanáticos, pero no son idiotas. Y después de recibir esa lista de nombres y el informe de la CIA sobre los proyectos de Pekín respecto a su país, no querrán saber nada de ustedes en ese sentido… Y si lo hacen, no podrán alegar luego que no fueron advertidos. De un modo u otro, ustedes no aniquilarán Rusia, eso se lo garantizo, Hua Sung.

—Eliminarme a mí no significa nada. Quedan otros más importantes que yo. Especialmente un jefe del Lien Lo Pou que seguirá buscando el modo de aniquilar para siempre a Rusia.

—¿Qué jefe?

—Yiu Ken, el que me está esperando en Hong Kong.

—Gracias por la información.

Plof, chascó la pistolita en la mano de Baby.

Hua Sung murió en el acto, sin dolor, sin enterarse de que pasaba del mundo de los vivos al mundo de los muertos. Baby salió del coche, abrió la portezuela junto a la cual se hallaba Hua Sung, y lo sacó de allí, dejándolo tirado entre unas matas. Tardarían días en encontrarlo, quizás incluso semanas.

La implacable espía internacional se puso al volante del Toyota, echando una mirada complacida a la cartera de mano que tenía en el asiento contiguo. Pero de pronto, su ceño se frunció. Había algo

que no encajaba, que no le gustaba… Había sucedido hacía poco, era algo que repugnaba a su mente de espía, fría y lúcida.

Y de pronto, captó de qué se trataba: Hua Sung le había dicho con demasiada facilidad y docilidad que Yiu Ken, el hombre del Lien Lo Pou que le estaba esperando en Hong Kong, se encargaría de proseguir su labor. Es decir, que continuaría utilizando a otros como Hua Sung para conseguir, finalmente, la aniquilación de Rusia… Sí, se lo había dicho muy fácilmente, enseguida, como quien se le escapa una información.

Pero…

Y de pronto, Baby lo comprendió.

Entonces, una mueca de frío desprecio apareció en sus facciones, que parecían las de un joven japonés.

* * *

En el vestíbulo del Central Hotel de Hong Kong, Yiu Ken lanzó otra colérica mirada hacia al reloj que había sobre la conserjería. Hua Sung se estaba retrasando demasiado, y a él no le gustaba esperar.

No es que estuviera preocupado por Hua Sung. Y menos, por él mismo, ya que siempre llevaba a su alrededor tres hombres que le protegían discretamente. Talmente parecía que fuesen invisibles, pero su eficacia había quedado ya demostrada en más de una ocasión. Parecía que nadie hubiera cerca de Yiu Ken, pero si alguien aparecía con intención de perjudicarlo, era hombre muerto…

El botones apareció de pronto portando en alto el pequeño cartel en el que se indicaba que había una llamada telefónica para el señor Ken. Éste se puso en pie, haciendo una seña al botones, que se le acercó.

—Yo soy el señor Ken —dijo éste.

—En el bar, por favor. Un caballero desea hablar con usted por aquel teléfono, señor Ken.

—Gracias.

Se dirigió hacia allí. Ni siquiera se molestó en asegurarse de que sus tres guardaespaldas invisibles se percataban. Siempre se percataban de todo. Estarían donde tuvieran que estar en el momento oportuno. Aunque no había nada que temer allí.

¡Maldito Hua Sung! ¿Qué debía de haber ocurrido para que en

lugar de acudir a la cita le llamara por teléfono? Porque no se le ocurría quién más podía llamarle allí. Sólo podía ser Hua Sung, era el único que sabía que él estaba allí.

Al entrar en el bar, el importante jefe del Lien Lo Pou empeñado en los planes de aniquilación de Rusia, vio de nuevo a la hermosa mujer que unos minutos antes había cruzado el vestíbulo. Estaba sentada en un taburete ante la barra, tomando una copa de champaña, y parecía aburrida e impaciente. Era tan hermosa que Yiu Ken pensó que no le importaría aplazar por aquella noche la cita con Hua Sung con tal de intimar con aquella joven de largos cabellos negros. De todos modos esto no parecía factible, pues la actitud de la joven evidenciaba claramente que estaba esperando a alguien.

Yiu Ken llegó al teléfono, situado en un extremo del mostrador, y tomó el auricular, colocándose de tal modo que mientras hablase pudiera contemplar a la bellísima joven que parecía absorta en su aburrimiento. No había mucha más gente en el bar. Cinco o seis personas que, o bien habían terminado su jornada de diversión en Hong Kong y se disponían a retirarse, o bien la empezaban tomando una copa en el bar del hotel antes de salir…

—¿Sí? —preguntó Ken, fija su mirada en la joven.

—¿Es usted Yiu Ken, del Lien Lo Pou? —Sonó en inglés la voz masculina.

Yiu Ken sintió un súbito congelamiento de sus entrañas. Como si todas sus vísceras quedaran congeladas de pronto. Durante dos o tres segundos no pudo reaccionar. Cerca de él, la hermosa muchacha de los largos cabellos negros y los grandes ojos del mismo color había sacado una boquilla de un maletín, y se disponía a colocar en ella un cigarrillo…

Yiu Ken consiguió reaccionar por fin.

—¿Quién es usted? —susurró.

—Soy Fedor Kevichian, del servicio secreto ruso. Le llamo para comunicarle que Hua Sung ha muerto, y que nosotros tenemos las listas de los japoneses que habrían secundado al general Nomura, al almirante Yamashita, y a otros importantes japoneses que, con el tiempo, habrían puesto Japón bajo las directrices de Pekín. Esas listas van a ser enviadas a Tokio, al servicio secreto japonés, quienes harán lo que consideren oportuno. Su plan de aniquilación

de Rusia termina así, Yiu Ken. ¿Me ha entendido bien?

—Sí —alentó apenas Yiu Ken.

—Magnífico. Ahora, usted va a morir. Ella va a matarle.

—¿Ella? ¿Quién?

—La agente Baby de la CIA.

Clic, sonó el auricular al ser colgado por Fedor Kevichian al otro lado de la línea. Yiu Ken quedó inmóvil un instante, incapaz de reaccionar. De pronto, su mirada se alzó hacia la muchacha de los ojos negros.

Ahora, ella le estaba mirando. Tenía la boquilla en la boca, y el cigarrillo entre los dedos. En los negros ojos de la muchacha hubo algo que Yiu Ken no supo si era risa o maldad, o quizá, simplemente, la determinación de una sentencia de muerte. En una fracción de segundo mil pensamientos cruzaron por la mente de Yiu Ken, todos sobre el hecho de que estaba ni más ni menos que contemplando a Baby, la persona más odiada y al mismo tiempo más admirada por el Lien Lo Pou.

La vio soplar en la boquilla, y en el acto sintió el levísimo pinchazo en la garganta, bajo la barbilla. Yiu Ken supo en el acto lo que había ocurrido. Ni siquiera se movió, no hizo nada. Murió prácticamente en el acto, de pie, y al instante siguiente soltó el auricular y rodó por el suelo.

Todas las miradas se volvieron hacia él. La muchacha de sin igual belleza emitió una exclamación de sobresalto, retirando de su boca la boquilla con incrustaciones de brillantes. El camarero de la barra se acercó presurosamente…, pero menos que dos chinos, mientras un tercero se colocaba en la puerta del bar. La gente que tomaba tranquilamente sus copas miraron hacia la yacente figura alta, gruesa, fuerte, de Yiu Ken…

—¿Qué pasa, qué ha ocurrido? —Salió de detrás del mostrador el camarero.

El auricular del teléfono colgaba oscilante paralelo al mostrador. Uno de los chinos lo tomó, y preguntó quién estaba al aparato, pero no se oía nada. El otro chino examinaba rápidamente a Yiu Ken, pero no vio señal alguna de herida. Además, si alguien hubiera disparado contra Yiu Ken ellos lo habrían visto…

—¡Será mejor que llame una ambulancia! —exclamó el camarero.

El que había atendido el teléfono miró al que había examinado a Yiu Ken, el cual movió negativamente la cabeza. El otro comprendió que Yiu Ken estaba muerto, y casi corrió hacia la puerta del bar, encarándose con su compañero que vigilaba allí, desconcertado.

—Yiu está muerto —susurró.

—¡Pero nadie ha hecho…!

—Creo que ha tenido un ataque cardíaco. Tenemos que llevárnoslo de aquí. ¡Corre a buscar el coche! Yeng y yo lo sacaremos como si todavía estuviese vivo… ¡Date prisa!

El chino salió a toda velocidad. El otro regresó junto a Yiu Ken, alrededor del cual había ahora más personas. La hermosa muchacha morena estaba explicando lo que había visto…

—… y de pronto se ha desmayado, ¡pobre hombre! Deben de haberle dado alguna mala noticia por teléfono. Yo estaba a punto de encender un cigarrillo cuando…

¡Maldita cotorra!, pensó el chino. Miró a su compañero, ambos se comprendieron, y comenzaron a alzar a Yiu Ken, explicando que sólo estaba desvanecido, que eran amigos de él, y que se encargarían de atenderle. El camarero desistió de llamar una ambulancia, los demás clientes del bar volvieron a sus mesas, la joven morena ocupó de nuevo su taburete, guardó la boquilla en el maletín, lo cerró, y le hizo una seña al camarero, que se acercó en el acto.

—¿Otra copa de champaña, señorita? —Quiso adivinar.

—No, gracias. Ya no quiero esperar más… ¿Por qué he de esperarlo a él, habiendo tantos hombres en Hong Kong y en el mundo entero?

El camarero asintió, sonriendo. Amplió su sonrisa cuando la muchacha dejó el billete sobre el mostrador y no esperó la vuelta. Era la propina más generosa del año. Estuvo mirándola caminar hacia la puerta. Tenía unas piernas preciosas, era elegante, generosa, simpática… ¡y con qué gracia caminaba!

Cuando dejó de verla, el camarero chino suspiró.

—Seguro que no hay muchas mujeres como esa en el mundo —se dijo—… ¡Seguro!

# Este es el final

Fedor Kevichian no estaba muy conforme con la última decisión de Baby, y así lo manifestó, ambos de pie, contemplando a pleno sol las blancas rosas chinas del Jardín Botánico.

—Creí que me darías una copia de esas listas —masculló.

—Nunca dije que haría semejante cosa, Fedor.

—Ya lo sé, pero yo lo creí… Creo que la MVD tiene derecho a una copia. ¿O no?

—Me parece que sí —sonrió ella—, pero no pienso entregártela. Lo que se tenga que hacer con esos japoneses lo harán los propios japoneses. Yo voy a limitarme a enviar una copia de las listas a su servicio secreto, explicándoles lo que estaba tramando China y lo que posiblemente volverá a intentar algún día, y ellos tomarán sus decisiones con sus traidores. Pero no te entregaré una copia a ti, porque no quiero que la MVD se dedique en los próximos días a asesinar japoneses.

—Se lo merecen, ¿no? —Gruñó Kevichian.

—Sí —tuvo que admitir Brigitte—, pero no tendrás esas listas. Dejemos que los japoneses ajusten sus cuentas con los japoneses.

—Todo esto es muy propio de ti, lo sé —tuvo que admitir a su vez Kevichian—… Pero me siento como estafado.

—¿Estafado? —Lo miró vivamente Brigitte, rubia y con los ojos verdes de nuevo—. Cielos, eres insaciable, colega. Te he ayudado a salvar a Rusia de un intento de aniquilación, ¡y dices que te consideras estafado!

—Sé que tienes razón, pero me siento estafado.

—Lo siento, pero he dicho mi última palabra. ¿Puedo marcharme tranquilamente o ahora intervendrán tus camaradas para cazar a Baby?

—No digas tonterías —gruñó el ruso—. Nunca haré nada contra ti. Tendré que dar muchas explicaciones en el Directorio cuando

regrese a Moscú, pero nunca, nunca, haré nada contra ti.

—Eso está muy bien. —Brigitte le tendió la mano, sonrió, se alejó unos pasos, y se volvió—… Cuando des tus explicaciones en tu Directorio, sugiéreles que te feliciten, Fedor: eres el único hombre que ha matado a un Simón, y va a vivir para poder contarlo. ¿Sigues sintiéndote estafado?

Fedor Kevichian se estremeció.

Cuando reunió fuerzas para hablar, la agente Baby ya se había marchado.

**FIN**

# Notas

[1] Véase la aventura titulada *Commando* <<

[2] Véase la aventura titulada *Nin Jitsu*. <<

[3] *Sensei*, en japonés, significa Maestro. < <